

BOLSILIBROS  
BRUGUERA  
**POLICIACA**  
SERIE  
PUNTO  
ROJO

# sus víctimas morían de horror

ada coretti





COLECCION

# PUNTO ROJO







ADA CORETTI

## **SUS VICTIMAS MORIAN DE HORROR**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 640  
Publicación semanal  
Aparece los **SABADOS**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO**





ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 22.624 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: julio, 1974

© ADA CORETTI, 1974  
texto

© DESILO, 1974  
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.  
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974





Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.





ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:

612 — El asesino ríe a carcajadas.



## CAPÍTULO PRIMERO

La mansión de Steel-Laines se perdía entre la niebla, aquel atardecer del mes de febrero de 1945.

Sobre la inhóspita colina en que fue construida cien años atrás, su silueta severa, adusta, daba la sensación de ser un fantasma que quisiera sumergirse en los secretos del pasado, o tal vez en los misterios del Más Allá.

Desde lo alto de la colina, solía verse la localidad de Watt, cuando el día era claro. Pero aquella tarde no se veía, ni tan siquiera se vislumbraba. Todo el ambiente permanecía cerrado por aquella niebla espesa, pegajosa, que se hacía cada vez más densa.

Dentro de la mansión, empero, el ambiente no era menos angustioso y opresivo que en el exterior.

Nancy —por su matrimonio, señora de Steel-Laines— que unos meses antes había dado a luz un niño, al que se le impuso el nombre de Michael se moría. Se moría irremisiblemente.

El doctor Morris, íntimo amigo de la familia y el más cercano vecino de ellos, acababa de decirlo:

—No hay esperanza. El corazón se le debilita por instantes. A la menor emoción, morirá.

A la enferma, claro está, le había hablado en otros términos. La verdad era demasiado cruel.

—Debes guardar riguroso reposo, Nancy. Nada de fatigas, nada de inquietarse... Toma las medicinas... Procuraremos ponerte buena cuanto antes. Pero tendrás que ser paciente.

Pero Nancy había adivinado esa verdad que no se le decía, en los ojos grises e inteligentes del doctor. Un hombre aún joven, en cuyos ojos ella, hasta entonces, sólo leyó amor. Amor, deseo y pasión hacia sus irresistibles encantos de mujer.

Porque Nancy había sido, con su maravillosa juventud y su deslumbrante belleza, el hechizo y la pesadilla, ambas cosas a la

vez, de todos los hombres de los alrededores. ¿Por qué no, del doctor? Bien mirado, no era más que un hombre como otro cualquiera.

Claire, su hermana, solía decirle:

—No coquetees así. No te burles de ellos. Te portas mal. Les incitas a los celos más abrasadores, al furor más desmedido —y añadía, como previniéndola—: Ten cuidado...

Pero Nancy nunca tuvo en cuenta los consejos de su hermana menor, quizá porque, en todos los sentidos, la había visto siempre demasiado insignificante. No, no valía la pena considerar lo que ella pudiera decirle.

Por lo menos, así lo pensó hasta aquel atardecer del mes de febrero de 1945, en que la niebla invadía la mansión de Steel-Laines.

—Claire... —murmuró apagadamente su nombre.

Se acercó al lecho de la enferma.

—Dime —su voz estuvo llena de suavidad.

—Levántame un poco la almohada —le rogó—. Así me cuesta respirar. Y necesito hablarte.

Claire era bajita, delgada, contaba con pocos encantos personales. Pero tenía una expresión dulce serena, apacible, lo que confería a su aspecto algo que atraía sinceramente.

—Lo que quieras, Nancy —se había esforzado por esbozar una sonrisa—. Pero no te conviene hablar, ya lo sabes.

—Es preciso que lo haga, Claire.

—Bueno, bueno... —accedió, ante la trágica gravedad que hubo en aquellas últimas palabras—. Dime lo que sea.

—Tengo miedo —musitó Nancy, y le temblaron los labios—. Un miedo que me hielas la sangre en las venas.

—No, Nancy, no... —se apresuró a decirle su hermana, si bien interpretando equivocadamente la razón de su miedo—. Te pondrás buena, ya lo verás.

—No tengo miedo por mí misma —le hizo saber—. Es por algo distinto —y aclaró—. Presiento que alguien me odia hasta la desesperación, hasta límites inconcebibles. Alguien me odia hasta sentir que sus deseos de venganza son un puro y loco desvarío.

—¿Qué dices...? —Se estremeció Claire.

—He jugado con los hombres —dijo Nancy—, sin hacer nunca

caso de tus sensatos razonamientos. A algunos, incluso les daba pie a suponer que era una chica ligera y que de las románticas frases íbamos a acabar en los definitivos hechos. Pero luego, cuando más enardecidos les tenía, me echaba a reír y les dejaba burlados, fuera de sí... ¡Oh, Claire, qué insensata fui...!

Se detuvo unos instantes, si bien poco después, había de proseguir. Mientras, a través de los cristales del ventanal del dormitorio, la niebla se hacía tan espesa que daba la sensación de que iba a materializarse.

—Así me comporté hasta que conocí al que luego había de ser mi marido. De él sí me enamoré sinceramente. Pero ya era tarde para remediar el mal que había causado. Y eso lo comprendí el día que cayó del caballo y me dejó viuda, cuando aún estábamos en plena luna de miel. Sí, lo comprendí aquel día, porque para mí, Claire, el accidente fue provocado por alguien. Y esto no es todo; ahora se recrudecen mis temores, mis angustias.

—Es horrible lo que estás diciendo, Nancy —y sin pausa, con el acento mal contenido—. Pero ¿qué es lo que puedes temer ahora? ¡Dímelo, por favor! ¡Dímelo!

—Temo por mi hijo —su angustia era muy grande, inmensa—. Temo que quieran hacerle daño.

Se le había estrangulado la voz. Miró hacia la cima, donde el pequeño dormía plácidamente.

—¡Por Dios, Nancy, me estás asustando! —Se había puesto muy pálida—. ¿De quién desconfías?

—De muchos, y de ninguno en particular. ¡Fueron tantos por los que me hice aborrecer!

—No te portaste bien, pero eso no significa nada... Claro que no. Ni que el accidente y muerte de tu marido fuera provocado intencionadamente, ni que nadie vaya a querer ahora hacer daño a tu hijo. ¡Sería una monstruosidad!

—Sí, sí —convino—. Es cierto lo que dices. Aun así, temo que le suceda algo malo, muy malo... Claire —su voz temblorosa se hizo ardiente súplica—, prométeme que si algo sucediera, tú defenderás a mi hijo. Te lo digo por si yo no vivo ya... Le defenderás, ¿verdad?

—Pero si no va a sucederle nada malo... ¡Pobre ángel, si apenas tiene unos meses! Nadie quiere mal a los niños, que son inocentes y...

—Le defenderás, ¿verdad? —repitió Nancy, apremiándola.

—Sí, claro que sí... —lo dijo para tranquilizarla—. Claro que le defendería, pero no será necesario. Puedes estar convencida de ello. Y ahora, serénate, sabes que necesitas tranquilidad... —Pero sin poder contenerse—. Dime, Nancy: ¿De quién desconfías? ¡Porque tú desconfías de alguien!

—Ya te lo he dicho, de muchos... —Y esta vez añadió—. Incluso del doctor Morris.

—¡Qué disparate, Nancy!

—Sí, es posible —asintió, pero todo en ella eran dudas y recelos torturadores—. De todos modos, el odio que inspiro llega hasta mí, sigiloso, pero incontenible, siniestro. No puedo evitar su roce, su contacto.

Parecían los vanos temores de una pobre enferma. Una enferma que sabía que su fin estaba próximo.

Pero, por desgracia, sus temores habían de cumplirse.

Y se cumplieron de un modo absoluto, y a la vez tan pavoroso, que su propia medida quedó desbordada por el más escalofriante de los horrores.

Debía ser medianoche.

Nancy no conseguía conciliar el sueño, pero se sentía algo mejor, más sosegada.

De vez en cuando, miraba hacia la cuna del niño que, como un ángel bendito, seguía durmiendo plácidamente.

Ella no había querido que aquella noche Claire se lo llevara. Le había suplicado que se lo dejara allí. Le consolaría mirarle de vez en cuando.

Claire no se había negado a su deseo. Le había dicho que le parecía muy bien.

—Si llora, no te preocupes. Yo estoy en la habitación de al lado y en seguida le oiré. En cuanto a ti, si necesitas algo, me llamas, o tocas la campanilla que tienes sobre la mesita de noche.

—De acuerdo, Claire. Gracias.

Nancy volvió a mirar hacia la cuna. Pensó que era el niño más precioso del mundo. Le dieron tentaciones de quitar la pantalla a la lámpara de noche para verle mejor, pero no lo hizo por temor a despertarle. Mejor que siguiera durmiendo tan a gusto.

De pronto, el cuerpo de Nancy sufrió una violenta sacudida. Tan

sumamente violenta, que puede decirse que todo el lecho dio un bote.

La puerta que comunicaba con el pasillo, se estaba abriendo lenta, muy lentamente, como si no quisieran que su movimiento fuera descubierto.

Nancy contuvo el aliento, llevándose las manos al pecho, donde había sentido una dolorosa punzada.

La puerta terminó de abrirse y apareció la persona que Nancy estaba temiendo ver. La que hasta entonces no tenía expresión, cuerpo, ni forma definida. Era sólo un presentimiento.

Pero el siniestro presentimiento estaba ya allí. Era una realidad. Y en sus ojos había tanta rabia, odio, maldad y desvarío, que sus demenciales intenciones se acreditaban por sí solas, y daban fe de sí mismas.

Nancy quiso gritar, pero sintió la voz agarrotada en un nudo fuerte, enorme, que no quería deshacerse. En un nudo que se detenía en medio de la yugular, sin querer bajar ni subir.

La persona «ésa» avanzó con unas tijeras, unas afiladísimas tijeras, sujetas en su diestra. Sujetas por sus dos orificios, ya con los filos entreabiertos.

—Eres tú... tú... —Finalmente le salió la voz—. Sabía que alguien me odiaba hasta el paroxismo.

—Sí, te odio —respondió la voz enemiga— y vengo a hacerte todo el mal que pueda. No, a ti no... —puntualizó—. A tu hijo. Al pequeño Michael.

—¡No! —gritó Nancy, espantada, horrorizada—. ¡No! ¡A mi hijo, no! ¡Mátame a mí, si eso ha de calmarte, pero a él no! ¡Es mi hijo! ¡Mi hijo!

—Tú ya vas a morir —la voz sonó despectiva—. A la primera emoción fuerte te fallará el corazón. Y esa emoción vengo a ofrecértela yo. Pero vive unos minutos más, no te mueras aún. Quiero que lo veas todo. Quiero que veas lo que hago con tu hijo adorado.

Se encaminó hacia la cuna, alzando al aire sus tijeras. Y Nancy, enloquecida, estiró el brazo y cogió la campanilla de la mesita de noche, agitándola con desespero. ¡Era preciso que la oyeran, y que acudieran en su ayuda! ¡Si no, estaba perdida!

Pero ella no podía seguir en el lecho. Tenía que levantarse.

Tenía que defender a su hijo. A costa de su vida, o de lo que fuera.

No obstante, las fuerzas le flaquearon de tal forma que, de momento, ni en pie pudo ponerse. Tuvo que sujetarse a la cama con ambas manos.

Y ya estaba su siniestro enemigo junto a la cama del niño.

Con escalofriante y aterradora serenidad, cogió las tijeras y las acercó a las orejas del pequeño. Mejor dicho, a la oreja izquierda.

Nancy gritó, desesperada, pues su debilidad no parecía darle opción a ir en ayuda de su propia vida. Porque aquella criatura era eso para ella.

Pero su amor de madre le concedió unas súbitas e insólitas fuerzas, como un arrebato, y consiguió dejar el lecho y lanzarse en dirección a la cuna.

Sin embargo, cayó desvanecida a medio camino. Pero no, no estaba exactamente desvanecida. Más le hubiera valido. De ese modo, no hubiera alzado sus ojos hacia la cuna del niño.

Pero lo hizo, y vio cómo las afiladas tijeras, sin temblar, sin flaquear en absoluto, cortaban implacablemente la oreja izquierda del niño, en un tajo profundo, sangrante, pavoroso.

Nancy gritó con todas sus fuerzas, mezclándose su grito con el llanto súbito y desgarrado del niño.

Pero el grito de la madre y el llanto del pequeño parecieron diluirse dentro de aquella habitación. Nadie se dejó ver.

Nancy no pudo ponerse en pie, extenuadas sus fuerzas, y sólo acertó a ir arrastrándose hacia allí, como un pobre gusano.

Las tijeras se acercaron a la otra oreja del niño, y, de nuevo, un tajo firme, durísimo, aterrador, la dejó enteramente cortada. Quedó sobre la blanca sábana, junto a la otra.

Seguidamente, las tijeras cortaron los labios del pequeño, una y otra vez, inexorablemente.

El niño ya no lloraba. Había perdido el conocimiento.

Pero la misión que llevaba aquel ser sádico, no había concluido. En realidad, faltaba lo que había de colmar, con siniestra holgura, toda la negra y emponzoñada profundidad de su venganza.

Las tijeras se acercaron a la naricilla del pequeño. Tampoco ahora había de temblar ni de flaquear la mano.

—¡No! —gritó Nancy, enloquecida de pavor—. ¡No...!

Las tijeras no se apiadaron.

La naricilla quedó enteramente amputada.

Nancy cayó, inerte, sobre el suelo. Había muerto. Sus ojos quedaron desorbitados en sus pupilas, en su estéril empeño de querer gritar y gritar, hasta enronquecer, el nombre del asesino.

Porque era un asesino, incluso algo peor, la persona capaz de cometer semejante acto. Un acto diabólico, satánico, verdaderamente monstruoso.

El niño no murió.

El doctor Morris logró salvarle la vida.

En cuanto a Claire, nadie consiguió despertarla, aquella noche. Durmió hasta mediodía del día siguiente. Alguien le había dado a beber un fortísimo somnífero.

## CAPÍTULO II

Habían transcurrido veintisiete años.

Todo, al parecer, seguía lo mismo en la inhóspita colina que se alzaba sobre la localidad de Watt.

Pero algo había cambiado radicalmente.

Ahora, en el ala derecha de la mansión de Steel-Laines, el único que entraba era Michael.

Había hecho, de aquella zona, de aquellas dependencias, algo de su exclusiva pertenencia.

Lo había arreglado todo a su gusto, aunque nadie sabía exactamente qué gusto era aquél. Sólo sabían que habían estado allí albañiles, pintores y demás operarios. Pero allí nunca había penetrado nadie de la casa. Absolutamente nadie. Lo tenían terminantemente prohibido.

Una puerta comunicaba con el resto de la mansión, pero esa puerta solía estar cerrada, sólo se abría en contadas ocasiones. A excepción de cuando, claro está, pasaba tía Claire. Existía otra puerta, que daba al exterior. Y era por allí por donde Michael salía, iba al garaje a buscar su coche y luego se ausentaba por el sendero que descendía la colina y que, al término de ésta, enlazaba con la carretera, cerca de una gasolinera.

Volvía cuando quería. No daba explicaciones a nadie. Ni siquiera a tía Claire, que no sabía qué hacer ni qué decir para que su vida fuera algo más normal.

Aquel recogimiento, aquel huir de las miradas de todos, no podía conducirle a nada bueno. Sólo a sufrir más y más en su desgracia, hasta convertirse, si es que no lo era ya, en un psicópata.

Pero no era fácil persuadirle en ningún sentido. Incluso se negaba a hablar, a razonar. Cortaba bruscamente todo inicio de conversación, de aproximación. Cada día se encerraba más en sí mismo, haciendo de su vida exclusivamente lo que él quería que

fuera. Tal vez, lo único que él creía que ya podía ser.

Porque cada vez que veía reflejado en un espejo su rostro mutilado, monstruoso, se decía que para él la existencia ya no existía, había acabado ya. Por más que su cuerpo fuera sano y fuerte, por más que su corazón siguiera latiendo con matemática y perfecta precisión.

La ausencia de las orejas, los cortes incisivos de sus labios y la amputación total de la nariz, le inferían un aspecto verdaderamente horrible. Estremecía el ánimo, y cortaba de pleno el aliento, el solo hecho de mirarle.

Michael lo sabía. Por eso no quería que nadie le viera. Por lo menos, que le vieran las menos personas posibles.

La servidumbre le conocía. Un día u otro, todos le habían visto. Pero era tía Claire la que le llevaba las comidas en una fuente, habiéndole preparado personalmente los platos que ella sabía que más le gustaban.

Aun así, ni siquiera tía Claire había penetrado en aquella ala derecha de la mansión. Apenas había dado unos pasos, los imprescindibles.

Aquella puerta, que solía permanecer cerrada con llave, daba acceso a una estancia con una chimenea, unos sillones, una mesa y de escritorio y poca cosa más.

Michael solía decirle, indicándole la mesa de escritorio.

—Deja la bandeja aquí.

Tía Claire hubiera querido penetrar en aquel lugar vedado, ver con sus propios ojos qué había en aquellas habitaciones.

Pero, lo dicho, su sobrino Michael no le daba opción a satisfacer su curiosidad. Siempre atajaba sus movimientos. Siempre la detenía:

—Puedes irte ya, tía Claire.

Un día, ella se atrevió a decirle:

—Por favor, Michael. Todo esto es absurdo. Te comprendo, sí, ¿cómo no voy a comprenderte? Yo, más que nadie, he vivido de cerca tu drama. Pero, hazte cargo, no es normal que vivas de esta manera.

—Lo normal sería que tuviera una mujer en mi cama —rugió Michael, y sus ojos centellearon, coléricos— y que gozara y desahogara con ella la vitalidad de mi juventud, ¿no es eso?

Tía Claire no se atrevió a responder, y se retiró. Se fue con los

ojos llenos de lágrimas.

Aquella noche, Michael Steel-Laines salió de la mansión. Nadie le vio. Incluso tía Claire creyó que se había quedado encerrado entre aquellas paredes. Pero sí, salió e allí.

Lo cierto es que solía ausentarse a menudo.

Pero lo hacía tomando las debidas precauciones. Unas precauciones que se ceñían particularmente a la finca del doctor Morris, situada a media colina. No deseaba que ninguno de sus ocupantes le viera. Así, nadie comentaría más de la cuenta.

La noche era fría, intensamente fría.

De ello que Dinah, aquella chica metida en carnes, que solía esperar a los hombres apoyada en los faroles de la calle, cerca de un bar, donde de vez en cuando entraba a tomarse una copa, se estuviera quedando aterida.

Apenas transitaba nadie, y los que lo hacían, o se metían en el bar o pasaban de largo.

Ella les decía cosas, queriendo atraerles, pero no era su noche y no encontraba el cliente que buscaba.

—Puerca vida... —murmuró para sí, mientras daba unos pasos y se frotaba fuertemente las manos para desentumecerse.

El cielo se había ido cargando de nubes y en aquel momento empezó a llover. Gruesas gotas, que mojaron la acera.

Pero la lluvia no arreció y Dinah siguió en la calle, porque si entraba en el bar sería peor. Allí no encontraría plan. Conocía ya de sobras a los que estaban.

Dinah tenía una cara bonita, con bastante atractivo. En cuanto a su silueta, tampoco resultaba nada despreciable, aunque todo ella pecaba bastante de gruesa.

Iba muy pintada y su aspecto se hundía lamentablemente en lo chabacano, en lo vulgar. Pero lo que parecía un defecto, era lo que solía proporcionarle más clientes.

Aunque no esa noche. ¡Demonios, qué mala racha tenía!

En eso se animó su expresión, apareciendo una sonrisa en sus labios. Una sonrisa estudiada, aunque no por ello exenta de encanto.

Un coche negro se había detenido cerca de ella, apeándose un joven alto, fuerte, de ojos azules. Un joven que, por lo visto, acusaba mucho las inclemencias del tiempo, pues llevaba abrigo y

una gruesa bufanda de lana, con la que se tapaba hasta los ojos.

Se acercó a ella.

—Hola, muchacha... —La saludó.

—Buenas noches, señor. ¿Quiere usted amable compañía?

—Sí —dijo él, y sin más, le indicó su coche—. Ven. Sígueme. Te llevaré a mi casa.

Ella le siguió, sin dudarle un solo instante. Estaba contentísima. Le había costado dar con alguien, pero, por lo visto, cuando lo lograba era con buena estrella. El joven iba bien vestido y tenía un lujoso coche. Sin duda, la pagaría bien, mejor que otros.

Ya el coche en marcha, ella dijo de buen humor:

—Me llamo Dinah.

Como él no dijera nada, ella volvió a hablar:

—¿Tú vives lejos?

—No, bastante cerca —respondió el hombre esta vez. Y añadió —: Te gustará mi casa. Posiblemente no habrás estado nunca en otra mejor. ¿Deseas saber mi nombre?

—Si quieres decírmelo...

—Michael. Michael de Steel-Laines. ¿No has oído hablar de mí? Aseguraré que sí.

—No —respondió ella, sinceramente.

—Soy el dueño de la casa que hay en la colina.

—¿El dueño de esa maravillosa mansión que desde o alto domina todo Watt...? —Casi palmoteó de entusiasmo—. ¡Oh! Nunca he estado con un señor tan importante. —Pero se dio cuenta de que seguía con la bufanda puesta—. Oye, ¿aún tienes frío? Pues aquí dentro se está muy bien.

—Acabo de pasar una pulmonía —dijo Michael—. Por eso no me quito la bufanda.

—Comprendo —repuso Dinah.

Pero la verdad es que no lo comprendía del todo. Sus precauciones le parecían muy exageradas.

Seguían cayendo gotas, pero no se decidía a llover. Pero el frío arreciaba, aunque dentro del coche ellos no se percataban de tal circunstancia.

—Tu casa debe ser un sueño, ¿verdad? —preguntó Dinah.

—Sí —no la miraba.

Sólo miraba por dónde debía ir el coche.

—Ahora debes estar viviendo solo —y con gesto comprensivo—. Cuando me llevas a mí...

—Yo siempre vivo solo. Bueno —rectificó— quiero decir que para el caso es como si viviera solo. El ala derecha de la casa es solamente mía. Entro y salgo cuando me apetece, y a nadie tengo que dar explicaciones.

—Eso significa que eres soltero.

—Sí —seguía sin mirarla.

—¡Qué raro! ¡Tan arrogante y tan guapo que eres!

Ahora sí la miró. ¡Y sus ojos azules lanzaron chispas de furor, de salvajismo, de odio! Algo tan incontrolado, tan desbordado, tan violento, que la chica se asustó.

—¿He dicho algo malo? ¡Oh! Si es así, no me lo tome en cuenta, ha sido sin querer. Perdóneme usted.

Instintivamente, había dejado de tutearle. Además, retrocedió hasta la portezuela. En aquel momento, hubiera querido estar fuera del coche.

—No te pongas nerviosa —dijo Michael, ya con el tono suavizado—. No has dicho nada malo. Ni nada tengo que perdonarte... —Y casi cariñoso, añadió—: Puedes seguir tuteándome, mujer. ¿No vamos a pasar juntos un buen rato? ¿No vamos a ser buenos amigos...?

Se disiparon los temores de Dinah.

Volvió a sonreír.

—¿Qué edad tienes...? —le preguntó él.

—Veintidós años —contestó Dinah.

—¿Hace mucho que trabajas en esto?

—Desde los quince —lo dijo con naturalidad, como si tal cosa.

—¿Nunca has encontrado quien te quisiera de verdad? —La pregunta sonó un poco extraña.

—¿Quererme de verdad? —Fue como si Dinah se lo preguntara a sí misma—. Los hombres sólo quieren de una manera. Buscan un rato de compañía, de placer. Luego, nada.

—Estás muy decepcionada, ¿eh? —Y añadió—. Ya verás, conmigo será todo distinto. Muy distinto.

Y lo repitió una y otra vez, como si de su voz quisiera hacer un eco que no se extinguiera.

Pero las palabras de él no resultaron agradables, sino extrañas,

enigmáticas, desconcertantes. De ello que Dinah volviera a sentirse inquieta y desasosegada.

Minutos después, ya en lo alto de la colina, junto a la fachada de la amplia mansión, Michael le dijo:

—Ya hemos llegado —y tras sacar una llave y abrir una puerta—. Pasa.

Ella le miró a los ojos, viendo entonces en su mirada algo escalofriante, por lo que, involuntariamente, inició un gesto de retroceso. Como si de pronto hubiera comprendido que no debía cruzar aquel dintel.

Pero Michael la cogió bruscamente por un brazo y la empujó hacia dentro. Sin contemplaciones.

Dinah estuvo a punto de caer, pero consiguió conservar el equilibrio. Ya éste restablecido del todo, varios pasos más allá, se volvió hacia Michael, pretendiendo, tal vez, decirle que aquélla no era forma de tratarla, que ella era una chica fácil, una chica de la calle, pero él no tenía ningún derecho a portarse de una manera tan desconsiderada.

Pero no le dijo nada, al ver con el precavido celo cae Michael estaba cerrando aquella puerta. Tomaba todas las precauciones imaginables. Se desasosegó, se inquietó aún más.

No obstante, eso no era nada, comparado con el susto que iba a llevarse instantes después, así que Michael se desprendiera, en un gesto brusco y violento, de la bufanda que llevaba.

Dinah lanzó un grito.

¡Era repugnante, asqueroso, aquel mutilado rostro!

Se quedó con un escalofrío recorriéndole el cuerpo, arriba y abajo, como un ascensor que no quisiera detener su marcha.

—Te he asustado, ¿eh? —Sonó ronca la voz de Michael. Y sin esperar respuesta—. ¡Claro, no resulto un espectáculo agradable! ¡Pero vas a tener que aguantarme! ¡Te he traído aquí para que me hagas agradables y placenteras unas horas...!

—Sí, sí... —asintió Dinah.

Su primera impresión, aunque nada agradable por cierto, había dado paso a algo peor. A algo infinitamente peor: al miedo.

Aunque calificar de miedo lo que sentía la muchacha, no es ceñirse estrictamente a los hechos. Lo que realmente sentía era pavor. Un horrendo y espantoso pavor.

En los ojos azules de Michael Steel-Laines, que ahora brillaban diabólicos, sin que ningún fingimiento los contuviera ya, veía unos instintos demenciales. Veía que la estaba aborreciendo a ella de un modo profundo, tenebroso, como sin duda aborrecía a todas las mujeres de la creación. Veía que la estaba odiando a muerte.

¡A muerte, sí! Pero no a una muerte sencilla, sino lenta, agónica, horripilante.

Se sintió al borde del desvanecimiento, pero... quizá, impresionada por el aspecto físico de aquel hombre, estaba exagerando de mala manera. Debía recuperarse.

—¿Te gusta mi casa...? —le preguntó él.

Dinah miró a su alrededor, cosa que hasta entonces no había hecho. Intentó esbozar una sonrisa, pero en realidad sólo consiguió poner una mueca grotesca en sus labios.

Aquella primera estancia no tenía nada de extraordinario, pero tampoco de anormal. Era algo así como un vestíbulo sin demasiadas pretensiones.

Pero la siguiente habitación, donde todo era lujo, le gustó menos, muchísimo menos, debido al hecho de que las paredes y los techos se hallaban enteramente revestidos de un material blando, esponjoso, algo que ella no había visto nunca en ninguna otra parte.

Michael reparó en su mirada.

—Es para que los ruidos no salgan de aquí... —le explicó.

—¿Cómo...? —El escalofrío volvía a subirle y a bajarle por el cuerpo.

—Para que no se oigan los gritos —puntualizó Michael.

—¿Qué gritos? —Dinah tragó saliva dificultosamente.

—Los que puedes dar tú —dijo Michael, y sus ojos refulgían como brasas ardientes— o cualquier otra...

—¿Por qué iba a gritar yo? —tartamudeó.

—Ya lo has hecho, ¿no? —inquirió Michael— al ver mi cara. No has podido contenerte.

—Ha sido la sorpresa —tartamudeó de nuevo—. No me lo esperaba. Pero ahora ya no te veo tan mal.

—¿Quieres, pues, que te estreche entre mis brazos?

—Sí... Cía... claro... que sí...

Todas aquellas habitaciones estaban revestidas de igual forma. Pero había una que lo estaba más que ninguna y era el amplio

dormitorio, en uno de cuyos extremos había en el suelo un vacío, por el que se podía descender a los sótanos por una escalera de caracol.

—Da al sótano —le dijo Michael—. Allí tengo construida una gran piscina. Luego te la enseñaré. Ahora puedes desvestirte.

Dinah nunca había experimentado tanto asco al estar con un hombre. Sintió, en más de una ocasión, que hasta el estómago se le revolvía. Que hasta las tripas se le movían de sitio.

Pero todo lo soportó estoicamente.

Desde luego, profirió un suspiro de alivio, no pudo evitarlo, cuando Michael le dijo:

—Puedes dejar la cama. —Pero mientras él se vestía, añadió—: Ahora te enseñaré mi piscina. —No, no es preciso que te pongas la ropa.

—No voy a ir así —dijo ella—. Cogería frío.

—Cúbrete con la sábana. Con eso basta —y como ella alargara la mano hacia su ropa interior, gritó—. ¡Te he dicho que te basta con la sábana!

Ella estiró de la sábana, envolviéndose el cuerpo con ella. Volvía a sentir miedo, pavor.

Descendieron la escalera de caracol. Michael, primero. Así podría encender las luces.

Así lo hizo, pero ya cuando Dinah estuvo a su lado.

Las luces, colocadas en lo alto del larguísimo techo del sótano, se encendieron de pronto. Todas a la vez.

La piscina apareció como si una varita la hubiera hecho surgir por obra de magia.

Estaba llena de agua. De un agua que las luces hacían que pareciera muy azul. Los mosaicos de sus bordes eran multicolores, alegres, llamativos. El trampolín, de brillante metal, ofrecía una silueta, por demás, elegante.

—¿Quieres saber para qué te he traído aquí...? —preguntó Michael.

Pero Dinah le respondió con otra pregunta, temblándole los labios, pegándosele la lengua al paladar:

—¿Qué es lo que se mueve en el agua...?

Michael soltó una carcajada.

—Son cocodrilos... Ellos también tienen derecho a la vida...

—Cocodrilos... —repitió Dinah, agrandando los ojos hasta casi sacarlos fuera.

Pero no gritó. ¿De qué podía servirle? Hacerlo, hubiera sido una solemne tontería.

Pero la sangre se le había helado en las venas, mientras le daba la sensación de que la piel se le estiraba, se le encogía, se le agrietaba. Era incontenible e incommensurable su horror...

—Sí, cocodrilos. —Michael volvió a soltar una carcajada—. Ellos acabarán contigo...

—¿Qué dices...? ¿Estás loco...?

—Hay dos. Una pareja. Apenas caigas al agua, se volcarán sobre ti y saciarán su hambre... No, no estoy loco... Pero odio a las mujeres como tú, como todas. Porque todas sentís asco, repugnancia, al estar conmigo... Os lo veo en la mirada... Y no lo puedo soportar —su voz era cada vez más ronca—. Necesito que vuestro cuerpo desaparezca, comido, devorado, para que mi desespero se calme... Para que mi desesperación se mitigue...

—Yo no te he hecho nada malo —sollozó Dinah, y crecía tanto su espanto, su horror, que de ahí a perder el juicio debía haber muy poco.

—¡No voy a apiadarme de ti! —Seguía ronca, muy ronca su voz, y seguían sus risotadas—. ¡Nunca me he apiadado de ninguna!

Dinah quiso huir. Quiso correr escalerilla arriba.

Michael la detuvo.

—¿Adónde quieres ir, desgraciada...? ¿No ves que no tienes escape...? —Y agregó, con los ojos enloquecidos, en medio de su rostro monstruoso—. Lo mejor que puedes hacer es acabar pronto... ¿Para qué dilatar la agonía hasta hacer de ella un suplicio más...? Échate al agua, de una vez... ¡Sé valiente, y hazlo! Ese momento, nadie va a evitártelo... Es tu sentencia.

—No, no... —Su horror llenaba el sótano.

—¡Sí!

Entonces sí gritó. Con todas sus fuerzas. Rasgando y destrozando su garganta, en aquel esfuerzo inútil, completamente inútil, por dejarse oír.

—Puedes elegir el sitio... Tírate del trampolín, si quieres... A tu gusto lo dejo...

—¡Estás loco! ¡Loco! —gritaba ella.

Michael la arrastró hacia el borde de la piscina.

Ella no podía rebelarse. ¡Michael era tan alto, y sacaba una fuerza tan terriblemente endemoniada...!

—No... —gimió, llorando, Dinah.

Luego, volvió a gritar, con tanta fuerza, con tanto arrebato, que hasta sangró por la boca.

Los cocodrilos se removían en el agua, más agitados que de costumbre. Daban coletazos. Entreabrían sus mandíbulas demoledoras.

De pronto, Michael Steel-Laines le arrancó la sábana, dejándola desnuda.

Después, dio un fuerte empujón a la joven, y la tiró al agua de la piscina.

Y ya los cocodrilos, ambos a la vez, caían sobre el cuerpo de la muchacha metida en carnes.

Estaban hambrientos, famélicos...

Dinah volvió a gritar. Pero poco más. El agua se tiñó de rojo, de un rojo violentísimo.

### CAPÍTULO III

El inspector Simons reflejaba en su rostro una seria y concentrada preocupación.

—Son ya demasiados casos —comentó con Harold Trevor, uno de sus agentes de policía—. Con ésta son cinco las muchachas que, de la noche a la mañana, desaparecen sin dejar rastro.

—Sí, convengo con usted —corroboró el joven y apuesto Harold—. Son ya demasiados casos. El asunto se está poniendo feo.

—Y carecemos de pistas... —rezongó el inspector, mientras se levantaba de su mesa de escritorio, y se ponía a dar paseos de un lado al otro de la estancia—. ¿O acaso tú, Harold, tienes alguna...? —Y antes de que Le respondiera—. Con franqueza, Harold, te tengo por el más desenvuelto, valiente e inteligente de mis agentes. Por lo demás, estoy convencido de que pretendes subir en esta carrera como la espuma... Y sinceramente, creo que vas a conseguirlo.

—Gracias, inspector.

—Por todo ello, Harold, tengo mucha confianza en ti. De ello, que vuelva a preguntarte si tienes alguna pista.

—Creo tenerla, inspector.

—No me sorprende tu respuesta, Harold. Siempre estás buscándole tres pies al gato.

—Es parte del oficio, ¿no?

—Desde luego. Bien, tú, en mi puesto, ¿por dónde empezarías? Porque por alguna parte hemos de empezar.

—Pues yo, de usted, inspector —Harold se expresó sin vacilaciones— empezaría por dejar el asunto en mis manos.

—¿En tus manos, Harold? Aún soy yo el inspector aquí, ¿no? —Pero sonrió abiertamente.

—Nadie lo pone en duda, pero usted, inspector, tiene mucho trabajo; cosas, en realidad, mucho más importantes y apremiantes que ésta. A todo no puede llegar.

—Vamos, me sugieres que me descargue de mi trabajo, concediéndote la exclusiva de este caso.

—Más o menos, inspector.

—Bien, de acuerdo —y añadió—: Ya te he dicho que tengo mucha confianza en ti. Pero no vayas a defraudarme, ¿eh? Piensa que de tu proceder he de responder a mis superiores.

—No le defraudaré.

—Bueno, pero dime qué es exactamente lo que piensas al respecto, y qué vas a hacer.

La respuesta había de dejarle muy sorprendido:

—Voy a hacer de mayordomo.

—¿De mayordomo...?

—Sí, inspector —y le dio a leer el anuncio de un periódico. Luego, inquirió—: ¿Comprende usted ahora...?

—En absoluto.

—Pues está clarísimo.

—Si no me lo aclaras, Harold, palabra que no entiendo nada.

—Piden un mayordomo... Voy a ocupar ese puesto. ¿Es que no se da cuenta...? Se trata de la casa que hay en lo alto de la colina, al salir de Watt. La mansión de Steel-Laines.

—Sigue, Harold —se mostraba ya sumamente interesado.

—Hace unos veinticinco años, o poco más, sucedió allí una terrible tragedia. Ni usted era entonces inspector de Watt, ni yo había nacido aún. Pero aquel hecho sucedió, y puede que sus consecuencias se dejen sentir ahora...

—¿Qué te hace suponerlo así? ¿Y qué hecho terrible fue aquél?

Le refirió el hecho en sí, aunque no se dilató en pormenores. Sólo aludió a lo verdaderamente imprescindible.

—Los periódicos, por aquel entonces, hablaron mucho de lo sucedido. Yo me enteré de todo ello, por casualidad. Desde entonces, una idea me está dando vueltas en la cabeza...

—Es la tuya una pista muy endeble. Harold. Si no se apoya en algo más que en tu imaginación... Comprende que necesitamos pruebas.

—Por descontado, inspector.

—Piensa que, en conclusión, aún no sabemos que haya muerto ninguna de esas muchachas. Simplemente, han desaparecido. Quién sabe. Puede que, en el momento menos esperado, las encontremos

en cualquier sitio.

—Dice lo que no piensa, inspector. Usted las da por muertas.

—Francamente, sí —reconoció, con gesto fatalista—. Suponer otra cosa, creo que sería pecar de optimistas.

—De todos modos —bromeó Harold Trevor—, si las encuentro felices y contentas en algún harén, se lo comunicaré en seguida.

—Quedo pendiente de tus noticias, Harold. Avísame, así que sepas algo —y alargándole la mano, con afecto—. Cuídate, muchacho. No quiero perder a uno de mis mejores hombres.

—Quede tranquilo, inspector. Soy duro de pelar.

El autocar de línea se había estropeado.

Y Jeanette, sabiendo, por el chófer, que la avería iba para largo, decidió abandonar su asiento y hacer el resto del camino a pie.

Bien mirado, ya no quedaba tanto. Apenas unos trescientos metros, hasta llegar a la gasolinera. Aunque luego, claro, tenía que subir la colina.

Pero todo lo daría por bien empleado, si conseguía el empleo que estaba buscando, que necesitaba.

Jeanette tenía los ojos oscuros, rasgados y la sonrisa fácil, de dientes resplandecientes. El cabello era largo, rubio, vaporoso. En cuanto a su cuerpo de curvas generosas, perfectamente proporcionadas, era una delicia y a la vez una tentación para la mirada de los hombres. De toda ella, por descontado, se desprendía una profunda y turbadora seducción femenina.

Como corista o como algo así, se hubiera podido ganar muy bien la vida. Pero no era ésta su manera de querer ganársela, así que estaba buscando un empleo sencillo, vulgar, que le diera para ir siguiendo adelante.

Ella era tonta, o por lo menos así lo aseguraban sus compañeras. Ella, a pesar de sus muchos y estimables encantos, sólo soñaba con un marido, con un hogar y con unos hijos. Con nada más.

En fin, valía más que empezara a subir la colina cuanto antes. El sol era espléndido, y el frío no se hacía sentir excesivamente, pero de todos modos era preferible que no se demorara demasiado.

—Podemos subir juntos, de esta manera el camino no se nos hará tan pesado.

Jeanette se volvió hacia aquella voz varonil.

Vio que se trataba de un joven de rasgos agradables, de gesto

simpático, que iba tras ella, a pocos pasos.

—Hola —sonrió el desconocido que, por lo visto, no quería serlo por mucho tiempo, a juzgar por la prisa que se dio en presentarse—. Me llamo Harold. ¿Y usted?

—Jeanette.

—Yo también iba en el autocar. No he hecho otra cosa que mirarla, pero usted a mí, ni por casualidad.

—¿De veras...?

—Sí, muy de veras; no le he quitado la vista en todo el trayecto —y sin más—. Va en busca de empleo a esa casa, ¿verdad...?

—Sí —dijo ella—. ¿Cómo lo sabe?

—Yo voy a lo mismo —y le explicó—: Junto al anuncio del periódico que pedía un mayordomo, otro anuncio solicitaba una bibliotecaria...

—Pues sí —asintió—. Voy en busca de ese empleo, espero encontrarlo vacante.

—Otro tanto espero yo.

El joven Harold tuvo suerte, pero Jeanette, no.

Tía Claire había de aceptar a Harold —Harold Trevor, agente de policía—, pero había de rehusar los servicios de Jeanette.

—Lo lamento de veras, señorita —le dijo—, pero el puesto está ya ocupado.

## CAPÍTULO IV

El puesto acababa de ser ocupado por una muchacha pelirroja, bonita, que se llamaba Ann Garnet. Tendría irnos veinticinco años.

Estuvo hablando con tía Claire, y terminaron poniéndose de acuerdo.

En cuanto al trabajo, era sencillo, sumamente sencillo. La muchacha debería poner en orden, por fechas de historia o narración, los libros de la biblioteca. Miles de libros, alineados en incontables estantes, y actualmente en manifiesto desorden.

Pero esto era todo lo que debía hacer. En cuanto al sueldo, iba a ser espléndido. Mucho más de lo que ella esperaba.

Además, pensó Ann Garnet, el nuevo mayordomo no estaba nada mal. Mejor dicho, estaba, pero que muy bien.

Pero Ann Garnet no se hubiera sentido tan satisfecha del empleo conseguido, de saber con exactitud lo que tía Claire deseaba, lo que tía Claire pretendía de ella.

Eso lo sabría luego. Más adelante.

De momento, era Michael quien iba a saberlo...

Antes, no obstante, tía Claire había de descubrir la temible verdad que encerraba la vida de su sobrino.

Una espeluznante y horrenda verdad, que ella, sin embargo, se estaba temiendo ya...

Quizá por eso, angustiada hasta la desesperación, quiso encontrar una solución a todo aquello.

Y quizá por eso, aquel atardecer, sin más demora decidió hacer frente a lo que fuera.

Y por ello, finalmente, llamó a aquella puerta, que normalmente permanecía cerrada con llave.

—¿Quién es? —preguntó la voz de Michael, tras oírse unas pisadas que se acercaban.

—Yo, tía Claire.

—Estoy ocupado —sonó seca su voz.

—Es preciso que te hable —su acento no podía ser más suplicante—. Ábreme, por favor...

—Te he dicho que estoy ocupado.

—Te lo ruego —casi gimió—. Ábreme... Es preciso que hablemos... Muy preciso...

A continuación, se produjo un silencio, que tanto podía querer decir que sí cómo significar que no.

Finalmente, oyó cómo giraba la llave en la cerradura.

—Pasa.

—Gracias, Michael.

Tía Claire penetró en aquella primera pieza. La única que ciertamente no tenía nada de especial. Pero no se sentó en ninguno de los sillones que había allí. Quedó en pie, con la mirada clavada en aquella zona que le estaba vedada.

No esperó a que Michael le preguntara. Ella lo dijo, sin necesidad de más:

—Deseo que me enseñes todo eso...

—¿A qué viene, ahora, semejante pretensión? —barbotó—. ¡Sabes de sobras que tengo terminantemente prohibido que nadie...!

Tía Claire le interrumpió:

—Yo no soy nadie... Yo soy tu tía, hermana de tu madre —y con una energía desusada en ella—. Tengo derecho a saber lo que es tu vida.

Michael crispó el rostro.

—Aunque sólo sea —prosiguió tía Claire— porque mi vida la he sacrificado a la tuya. Nunca te lo he dicho, pero tu madre, poco antes de morir, me rogó que te defendiera... Y creo haberlo hecho, creo estar haciéndolo... Ya que no pude hacerlo aquella noche —se lamentó—. Pero luego, a través de los años, me ha costado renunciar a muchas cosas... Date cuenta, Michael, me he casado, he seguido siempre a tu lado. No, no le reprocho nada. En absoluto. Lo he hecho, y ha sido de corazón. Me ha salido del alma hacerlo. Pero te lo digo para que mejor me comprendas y para que menos te cueste sincerarte a mí.

—¿Sincerarme?

—Sí, eso he dicho —y le hizo saber, aunque convencida de que

estaba de más informarle al respecto—. Han desaparecido cinco muchachas... La policía de Watt busca al culpable, busca pistas... Son chicas dadas a la mala vida... Rameras que se entregan al primero que se les pone por delante...

—¡Cállate! —gritó Michael, descomponiéndose.

—¿Por qué he de callar? Es una historia interesante... ¿O acaso, Michael, te aburro porque esa historia la conoces tú mejor que nadie?

—¿Qué quieres decir...?

—Con sinceridad, Michael, creo que eres tú el hombre que las hace desaparecer. Y si ciertamente es así, no quiero ignorarlo —y ya sin poder resistir más, se echó a llorar desgarradoramente—. ¡Por Dios, Michael! ¿Qué haces con esas muchachas? Estoy muy asustada...

Michael Steel-Laines se había puesto pálido, mortalmente pálido. Pero reaccionó en seguida.

¿Qué importancia podía tener que tía Claire supiera su secreto, si ella no había de delatarle jamás? Tía Claire le quería entrañablemente. Era como una pobre esclava, con la que él siempre hacía lo que quería.

Por otra parte, incluso era mejor que tía Claire estuviera al corriente de todo. Contaría con una buena aliada, por si algo se complicaba. Además, así tendría a quién explicar sus emociones y estremecedoras aventuras. Así tendría con quién solazarse de tanto ensangrentado y siniestro placer. ¡Así podría saborear mejor sus triunfos sobre la adversidad que, cruel, inhumana, se cebó en él, cuando era un niño inocente!

—¿Quieres ver todo esto...? —le preguntó, ya con absoluta calma—. ¿Quieres, verdaderamente, verlo todo? —y riéndose—. ¿Incluso quieres ver la piscina, con los dos cocodrilos, donde hago desaparecer a mis víctimas, luego de haber disfrutado con ellas...?

Tía Claire se tambaleó.

No, no cayó desplomada, aunque poco le faltó para ello. Siguió en pie, entonces y después. Incluso cuando Michael se lo enseñó y explicó todo.

¡Todo! ¡Absolutamente todo!

Sin recatarse de nada. ¡Enarbolando sus crímenes, su maldad y su odio, como una bandera de gloria!

Tía Claire cesó finalmente de hipar, de sollozar.

—Es horrible..., espantoso —murmuró—. ¿Cómo has podido llegar a esto, Michael? Aún no termino de creerlo...

—¿Y eres tú, tía Claire —rugió Michael— quien me pregunta cómo he podido llegar a esto...? Me reiría con todas mis fuerzas, si no fuera porque en estos momentos no estoy de humor... Pero ¿no has sido tú, precisamente tú, quien más de cerca ha palpado la estremecedora y maldita tragedia de mi vida? Pues la respuesta no hace falta que te la dé...

—Pero ¿qué culpa tienen esas muchachas de lo que a ti, hace ya tantos años, te sucedió...? Son víctimas inocentes...

—Que pagan —le atajó, rugiendo como una fiera de la selva— por quién se ha quedado sin el castigo merecido. Esto no sucedería, si yo hubiera sabido quién fue la persona que me destrozó la cara... Habría cogido a esa persona por el cuello, entre mis manos —en expresivo ademán, crispaba los puños con ciega furia— y hubiera apretado hasta ahogarle... Pero lentamente, tan lentamente, que su agonía hubiera sido inacabable... ¡Pero tú no has sabido decirme quién fue...! Y el odio se me ha quedado dentro, como un tumor maligno, que me ha roído hasta más adentro de los huesos...

—¿Cómo voy a decirte quién hizo eso contigo —se lamentó tía Claire— si no lo sé...? Tu madre temía algo y sospechaba de alguien, pero tampoco sabía de quién... Y si ella no lo sabía, ¿cómo quieres que lo sepa yo?

—Pues bien, el resultado es éste —repuso Michael, sin decrecer en su furia—. Me tomó la venganza a mi modo... Pero no creas —le hizo saber, en una patética y siniestra confesión—, no consigo desahogar del todo mi furor, el odio que llevo dentro... Yo quisiera que mis víctimas tuvieran una muerte larga, muy larga, cuyo recuerdo me acariciara piadosamente durante muchos días, durante muchas noches; pero no es así... Creo que, antes de caer a la piscina, ya están muertas... Muertas de espanto, de horror... Creo que ya caen muertas... Luego gritan, sí, pero poco... En seguida acaba todo... Sí, deben estar ya medio muertas, cuando caen entre las fauces de mis cocodrilos...

—¡Oh, Michael, es horripilante oírte! ¡Calla, por Dios! Siento que los ánimos me abandonan... —Y tapándose el rostro con las manos—. ¡Qué idea más aterradora, la de los cocodrilos...!

—Los cuerpos han de desaparecer, ¿no? Es la mejor forma de despistar a la policía. Pero no te figures, la idea no fue mía... Lo leí en una novela... ¡Y me pareció, ya de buenas a primeras, una idea fantástica, inmejorable! ¡Por eso decidí adjudicármela! Y así acabo, de una forma radical, absoluta, con el asco que inspiro a las mujeres que traigo a esta casa.

—Michael, por favor —separó las manos del rostro—, préstame atención... Te lo ruego...

—Ya es tarde para retroceder, tía Claire.

—Lo hecho ya no tiene remedio, tienes razón —asintió dolorosamente—. Pero hazte cargo. Si sigues así, antes o después la policía sospechará de ti, y te detendrá... Acabarás en la horca... Sin embargo, todo, puede quedar oculto, si no vuelves a reincidir...

—No me lo pidas, tía Claire —sus ojos azules brillaban tanto, que parecían de vidrio—. Seguiré haciéndolo... ¡Soy feliz, inmensamente feliz, exterminando esas vidas, sofocando en ellas todo el odio que siento metido, clavado, incrustado dentro de mi cuerpo!

—¿No sería una medicina mejor, Michael, que encontraras una muchacha que te quisiera sinceramente?

Michael soltó una carcajada.

—¡A mí nadie puede quererme sinceramente! —barbotó—. ¿Quieres burlarte de mí?

—Soy incapaz de eso, Michael, y tú lo sabes. Simplemente, quiero lo mejor para ti... y salvarte. Mira, he admitido como bibliotecaria a una chica monísima; se llama Ann Garnet... Si te dejaras ver, si os tratarais, tal vez...

—¿Qué me estás proponiendo, tía Claire, que me exponga al menosprecio de esa mujer, cuando no a sus risas, a su mofa...? Aún no estoy tan loco.

—Intenta hacer lo que te digo, Michael. No pierdes nada —su tono volvía a ser una pura súplica—. Y por favor, no tengas tanto reparo en dejar el ala derecha de esta casa... Ven conmigo a tomar el desayuno, el almuerzo; no te importe que te miren. Tú eres el amo de esto, y no tienes por qué esconderte.

—Sabes que no me gusta que me observen. Puedo ser un ejemplar raro, pero no trabajo en ningún circo.

—¿Cuánto hace que Margaret nos sirve? Más de veinte años. Te

conoce desde niño... Es muy buena... No ha de importarte que te mire... En cuanto al nuevo mayordomo, se llama Harold, y te aseguro que es una magnífica adquisición... Es sumamente atento, servicial... Tampoco te resultará violento enfrentarte con él, estoy segura... Es la discreción personificada...

Michael permaneció en silencio, evidentemente sopesando la proposición que tía Claire le estaba haciendo.

Finalmente, preguntó:

—¿Es guapa esa muchacha...? ¿Cómo has dicho que se llama...? ¿Ann Garnet...?

—Sí, sí —y con una tensa esperanza latiendo en el fondo de sus pupilas—. Con ella, podrías empezar una vida normal. Intenta conquistarla. Yo, por mi parte, te ayudaré cuanto pueda. ¿De acuerdo, Michael...?

Nuevamente permaneció en silencio. Le atraía demasiado el deseo de conocer a esa muchacha. Aunque ese deseo ni él mismo sabía si era honesto o si, por el contrario, lo tema todo de siniestro.

—De acuerdo, tía Claire —terminó diciendo.

—Aparecerás por la casa, como si nada... ¿verdad?

—Sí —masculló entre dientes, no sin esfuerzo.

Ya se iba tía Claire, cuando su sobrino la detuvo con esta pregunta:

—¿Cuándo va a volver por aquí el doctor Morris? —Y sin necesidad de que su tía puntualizara—. Cuando venga, dile que necesito hablarle.

—¿Para qué, Michael? —Su gesto era amargo—. ¿Para preguntarle, una vez más, lo mismo...?

—¡Sí! ¡Sí! —gritó—. ¡Para preguntarle, una vez más, quién me destrozó el rostro!

—Te ha respondido mil veces que no lo sabe, que lo ignora...

—Pero yo veo algo raro en sus ojos —dijo Michael—: Creo que me miente. Él lo sabe...

## CAPÍTULO V

—Harold...

El joven se volvió hacia tía Claire. Su ademán no pudo ser más respetuoso.

—Dígame, señora.

—Quería decirle..., prevenirle... —balbuceó— que a partir de hoy... —Pero se detuvo, no sabiendo verdaderamente cómo empezar.

—Dígame, señora.

—Usted, posiblemente, ha hablado con Margaret, la sirvienta, de mi sobrino, ¿no es eso? Sí, es lógico que haya tocado el tema... Siendo así, ya debe usted saber que mi sobrino tiene el rostro desfigurado...

—Sí, señora —asintió.

—A partir de hoy, como le decía... En fin, se trata de que va a dejarse ver. Hasta el presente, triste y aconplejado, ha vivido casi recluido en sus habitaciones. Le pongo al corriente de todo ello, Harold, para que no le coja de sorpresa. Desde luego, doy por descontado su tacto.

—Confíe en mí, señora.

—El no debe notar en modo alguno, lo que usted piensa de su horrible mutilación. No debe ver reflejado en su rostro la compasión ni la repugnancia. Es difícil lo que le pido, ya lo sé pero...

—Confíe en mí, señora. —Esta vez añadió—: Me precio de saber estar en mi puesto, cualquiera que sea la situación en que me halle.

—Gracias, Harold.

Seguidamente, ya más tranquilizada a este respecto, tía Claire se dirigió a la biblioteca, con la clara y evidente intención de hablar con Ann Carnet.

Quería allanar el terreno a su sobrino. Lo máximo que le fuera posible. Por ella no había de quedar.

Pero cruzó lentamente el vestíbulo, quizá en realidad no sabiendo si hacía bien pretendiendo aquello, o si estaba intentando un imposible. Quizá todo fuera ya irremisiblemente tarde para salvar a Michael. Tal vez su destino estaba ya fatal y trágicamente marcado, tanto como podía estarlo su rostro.

Al entrar en la biblioteca, tía Claire dejó la puerta entreabierta. No creía que nadie pudiera estar escuchándola.

Pero hubo alguien que siguió sigilosamente sus pasos. Era Harold Trevor, que había entrado en aquella casa con fines más definidos y concretos que limitarse a ser un atento mayordomo.

Por eso había de enterarse de la siguiente conversación.

—Buenas tardes, Ann.

—Buenas tardes, señora.

—Venía a hablar con usted. Siéntese un momento... —le indicó el sofá, situado en una de las esquinas de la amplia y lujosa estancia —. Más cómodas, será más grato conversar, ¿no le parece?

—Sí, claro —Ann Garnet obedeció un poco confusa.

—Venía a rogarle que me hablase de usted misma. De su familia, de su vida sentimental, de sus aspiraciones para el futuro. No me considere indiscreta, se lo ruego. Le aseguro que no es mi intención molestarla.

—No me molesta usted, señora. En absoluto. Si voy a trabajar en esta casa, es natural que a usted le guste saber... No tengo nada que objetar. No faltaría más.

Llegó la primera pregunta:

—¿Tiene usted padres, Ann?

—No, los perdí de niña —respondió la muchacha—. Ni tampoco tengo hermanos. Vivo en casa de mi primo Dick. No es malo, yo creo que siempre me ha tenido cariño, pero desde que se ha casado, ha cambiado mucho, me grita y me increpa duramente por cualquier tontería. El caso es que su esposa, se llama Elisabeth, es una mujer terriblemente ambiciosa, y como mi primo no le puede dar lo que desea, las discusiones no acaban. Por eso el carácter de Dick se ha resentido tanto. Yo quisiera independizarme, pues con ello ya no vivo a disto. Pero eso no es fácil de conseguir.

—Comprendo.

—En cuanto a mi vida sentimental —siguió diciendo Ann Garnet — no tengo mucho que contar, he tenido noca suerte. Los hombres

nunca se han acercado a mí con buenas intenciones.

La muchacha se detuvo. En esta ocasión, tía Claire consideró oportuno no intercalar palabra ninguna.

—En cuanto a mis aspiraciones para el futuro —sonrió Ann Garnet— las sigo teniendo. Bien mirado, sé que soy bonita y que apenas tengo veinticinco años. Creo tener derecho a...

Ahora sí habló tía Claire. Sin duda era el momento idóneo para hacerlo.

—Tiene derecho, ciertamente, a lo mejor. Y digo esto, Ann, porque veo bondad en sus ojos. Y la bondad es un precioso tesoro, que yo, más que nadie, valoro. Quizá porque sé que sólo la bondad de una mujer puede hacer feliz a la persona que yo más quiero en este mundo.

—No la comprendo a usted, señora... —se desconcertó Garnet—. ¿Qué ha querido usted decirme?

—Voy a hablarte con sinceridad, Ann. Te tuteo, ya ves. Así resultará para mí más sencillo sincerarme —y añadió—: La persona que yo más quiero en este mundo es mi sobrino, Michael Steel-Laines, el dueño de esta casa y de una cuantiosa fortuna.

En esta ocasión fue tía Claire quién se detuvo y Ann Garnet quien consideró oportuno no intercalar palabra ninguna.

—Mi sobrino es desgraciado, y también yo soy desgraciada, viéndole a él... —continuó diciendo—. Tiene el rostro desfigurado y eso le hace rehuir el trato de las mujeres. Y él necesita una mujer a su lado, que con su bondad le haga grata la vida. Mi sobrino no puede ofrecer a esa mujer una apariencia agradable, ni siquiera normal, pero sí un apellido ilustre y una fortuna que colme hasta la saciedad todos sus caprichos. Algo digno de considerarse, de sopesarse, creo yo... Lo cree sinceramente. Y llegamos —concluyó— al motivo por el que estoy hablando contigo en estos términos, Ann.

Los ojos de la muchacha brillaban de un modo insólito, harto elocuente. ¡Se estaba viendo, en la palma de la mano, la gran oportunidad de su vida!

—Prosigas usted, señora —dijo, disimulando en lo posible su impaciencia.

—Poco queda en realidad que añadir... Creo que ya me has comprendido perfectamente. Pero para que no haya dudas, será mejor que te aclare bien mi postura respecto a esta delicada

situación.

—Dígame, señora —seguían muy brillantes sus ojos.

—Si le conoces y simpatizáis, yo seré la primera que abogaré por una boda rápida. En cuanto a él... —aclaró— creo que se enamorará perdidamente de la primera mujer que le mire con un poco de cariño. Esta noche —puntualizó— después de la cena, le diré que venga aquí a conocerte. Tú le estarás esperando, ¿no es eso?

—Sí, señora —decidió, sin necesidad de pensárselo dos veces.

—Sirva una copa de *whisky* al señor —dijo tía Claire a Harold cuando, ya después de la cena, dejaron el comedor para permanecer un rato en el saloncito.

—Sí, señora.

El joven se dirigió al mueble bar y sirvió una copa, que colocó en una bandeja, acercándose luego con ésta a Michael, quien permanecía situado junto a la encendida chimenea.

Michael quedó enteramente complacido del nuevo mayordomo, pues nada en su rostro expresó entonces, ni había expresado antes, que estaba ante un hombre como él, cuyo aspecto era verdaderamente horripilante.

—Ann te espera en la biblioteca —le dijo tía Claire, poco después.

—Bien —repuso Michael, sin más.

Y se levantó.

Pero antes de llegar a la biblioteca, oyó la voz de la neja sirvienta de la casa, Margaret. Una mujer baja y gruesa, cuya expresión reflejaba buenos y leales sentimientos.

—¡Señorito Michael! —exclamó, emocionada.

—¿Qué tal, Margaret? —Se esforzó porque su voz saliera con naturalidad.

—Me alegra volver a verle. Sufría sabiéndole siempre metido allí. Usted sabe bien lo mucho que le quiere esta sirvienta... —Casi lloraba.

Pero a Michael le irritó su tono lloroso, y le dio la espalda, alejándose bruscamente de su presencia.

Al poco, entraba en la biblioteca.

—Buenas noches.

Ann Garnet no esperaba ver nada agradable. Por el contrario, una y otra vez se había dicho que el espectáculo no tendría nada de alentador. Pero se trataba de hacer una buena boda, con todas sus inestimables ventajas, algo que una chica lista no puede desestimar.

Sin embargo, Aun no podía esperarse algo tan mutilado ni tan monstruoso como aquel rostro donde, como si él en sí fuera poco, los ojos habían dejado de ser normales para esgrimir el filo cortante de unos instintos demenciales y siniestros.

—Buenas noches... —respondió.

Pero Ann Garnet estaba temblando de pies a cabeza. De un modo inevitable, que no hubiera podido contener ni aunque la vida le fuera en ello.

—¿Tiembla usted de frío... —preguntó Michael, con el tono endurecido, terriblemente ronco— en cuyo caso podemos encender la chimenea, o tiembla por el mero hecho de estar mirándome a la cara?

—No di... diga... eso... —tartamudeó Ann Garnet.

Pero ya se había convencido de que, ni por el más ilustre apellidado del mundo, ni por la mayor fortuna de la tierra, se casaría con aquel hombre.

Michael se le acercó.

—Eres muy bonita.

—Gra... gra... cias..., señor.

Michael alzó la mano, acercándola al hermoso cabello de la muchacha. Por lo visto, tenía la intención de acariciarlo.

Pero su cabeza sin orejas, sus labios destrozados y su rostro sin nariz, resultaban horribles. Y horrible era asimismo su mirada, velada, turbia, estática, diabólica.

Y Ann Garnet gritó espantada. ¡Sólo de pensar que aquella mano crispada pudiera tocarla...!

Ante su grito, Michael retrocedió. Igual que si hubiera recibido un furibundo latigazo.

Pero antes de salir de allí, profirió lo que él bien sabía que equivalía a mía terrible y estremecedora amenaza:

—Esto no acaba aquí. ¡Palabra!

A la mañana siguiente, cuando Harold Trevor se levantó, tía Claire había de decirle:

—La señorita Ann Garnet se ha ido esta mañana, muy temprano.

No volverá, porque ha dejado el empleo. Vendrá otra señorita. Avíseme así que llegue.

—Sí, señora —asintió Harold, sin que se reflejara el menor cambio en su semblante.

Y llegó a la mansión de Steel-Laines, Ava Sheridan, una muchacha menos atractiva que la anterior bibliotecaria, pero más joven. Apenas tendría veintiún años.

Tía Claire fue a hablar con ella.

La muchacha aceptó el empleo. Las condiciones le parecieron inmejorables. No podía esperarse nada mejor.

Pero en seguida llegó la segunda parte.

Tía Claire le habló de su sobrino y de lo mucho que ella deseaba y buscaba su felicidad.

—Podemos conocemos —dijo Ava Sheridan— eso no le compromete a él, ni a mí. En cuanto a mí —tuvo la sinceridad de reconocer— vivo con mis tíos Bobby y Chester, dos personas odiosas, aborrecibles, que me hacen la vida imposible. Por huir definitivamente de ellos creo que me agarraría a un clavo ardiendo.

Pero cuando aquella misma noche la puerta de la biblioteca se abrió y apareció Michael, la muchacha se dijo, horrorizada, despavorida, que aquello era mucho peor que un clavo ardiendo.

Por lo demás, se puso a temblar de pies a cabeza, lo mismo que su antecesora. Muy a pesar suyo, no podía controlar ni disimular lo que estaba experimentando.

En esta ocasión, Michael, con el despecho y la rabia royéndole las entrañas, se limitó a decir. A repetir:

—Esto no acaba aquí. ¡Palabra!

Y al día siguiente, de nuevo tía Claire había de informar al mayordomo:

—Harold... La señorita Ava Sheridan se ha ido esta mañana, apenas ha despuntado el día. No volverá. Espero a una nueva bibliotecaria. Avíseme así que llegue.

—Sí, señora.

Y tampoco en esta ocasión Harold Trevor reflejó el menor cambio en su semblante.

## CAPÍTULO VI

—He sido un insensato —le había dicho Michael a su tía, crispando la mandíbula en un gesto de violenta furia—. No he debido hacerte caso. Se han reído de mí. Las dos.

—Vendrá una nueva bibliotecaria —le había respondido tía Claire—. Con ella, ya lo verás, todo irá bien. No te rindas tan aprisa.

—¡Cállate, tía Claire! ¡Se acabó de hacer las cosas a tu modo! ¡Voy a seguir haciéndolas al mío! ¡Y vuelvo a empezar esta misma noche!

—¡No! ¡No! ¡No! —gimió una y otra vez.

Pero Michael Steel-Laines no le hizo caso, y se refugió en el ala derecha de la casa.

No mucho después salía por aquella puerta que daba al exterior, e iba en busca de su coche, dirigiéndose seguidamente colina abajo hacia la localidad de Watt.

Sabía de sobras a qué calle dirigirse. Allí nunca faltaban prostitutas.

Pero aquella noche alguien le siguió. Se trataba de Harold Trevor, que estaba dispuesto a averiguar si sus deducciones eran erróneas, o ciertas.

Descendió a pie la colina. Luego subió al coche que, con un policía, le esperaba a un lado de la carretera.

Llegó a tiempo de seguir a Michael.

Pero a pesar de la presteza que se dio y de las precauciones tomadas, no pudo evitar que el coche de Michael se le desvistara, pues al llegar a la vía del tren, la barrera fue antepuesta entre ambos vehículos. Una desagradable coincidencia que como es lógico había de dar al traste con la pretensión del joven agente comisionado de aquel caso.

De todos modos, Harold Trevor había de seguir en la brecha.

—Dígale al inspector Simón —había ya puesto en conocimiento del compañero lo sucedido últimamente— que conviene averiguar, cuando antes, si Ann Garnet y Ava Sheridan se hallan sanas y salvas en sus respectivos domicilios. Francamente, no me atrevería a darlo por sentado. Puede que ambas hayan sido ya incluidas en la lista de muchachas desaparecidas. De seguir todo bien —agregó— convendría tenerlas bajo vigilancia.

—De acuerdo.

—Recibirán más noticias mías. No dejaré de telefonar así que tenga alguna novedad que contar.

—Pida ayuda en cuanto la necesite. No se arriesgue inútilmente.

El coche, ya en Watt, volvió con el policía a la comisaría. Y Harold Trevor se dirigió, andando, a las calles en que solían desaparecer las muchachas.

Quizá de este modo, diera con lo que buscaba. Con quién buscaba.

Para Jeanette, aquella guapa muchacha que quiso entrar de bibliotecaria en la mansión de Steel-Laines, encontrando el puesto ya ocupado por Ann Garnet, las cosas se estaban poniendo cada vez peor.

No terminaba de encontrar la colocación que buscaba, y el dinero que disponía al llegar a Watt se estaba acabando. Apenas le quedaban un par de libras, lo que ciertamente no es mucho decir.

Mientras se dirigía en busca de un lejano familiar, el único que de momento quizá pudiera ayudarle, iba pensando en Harold Trevor. Le había resultado muy agradable, sumamente simpático, por lo que había lamentado, no sólo por el empleo, sino también por él mismo, él no haberse colocado en la casa de la colina.

En fin, valía más que dejara de recordarle y que dedicara su pensamiento a algo más práctico.

Al doblar la esquina, miró a lo largo de la calle a la que se dirigía, y que quedó muy mal impresionada de su aspecto.

Era de noche y los faroles estaban ya encendidos, aunque algunos habían recibido una pedrada y no funcionaban.

La claridad, pues, no era muy abundante. Había sombras por todos lados. Sombras que, si cruzaba algún coche, sus focos hacían que se movieran de aquí para allá.

Jeanette siguió adelante. Sin aprensión, ya que ella nunca había

sido miedosa.

Reparó en el mal estado de las fachadas y en el poco recomendable de los bares, que desde luego abundaban.

Pero lo peor era contemplar las siluetas de mujer que se hallaban detenidas en medio de la acera, preferentemente junto a los faroles. Siluetas que buscaban compañía.

Jeanette aceleró el paso, alzando la mirada para dar con el número que buscaba. Aún le faltaba bastante trecho por recorrer. Ese número debía estar al final de la misma.

Siguió acelerando el paso. Le desagradaba aquel ambiente, aunque comprendía que no debía temer nada de aquellas mujeres. Buscaban su trabajo con la misma sencillez y naturalidad que ella podía estar buscando una colocación que se acomodara a sus aptitudes.

La vida parece muy complicada. Pero es a veces así de absurdamente sencilla.

Ya estaba Jeanette a punto de dar con el portal que buscaba, cuando un coche cruzó la calle. Un coche negro que se detuvo junto al bordillo, muy cerca de ella.

A Jeanette no le gustó tal circunstancia. Quizá porque la calle se hallaba desierta, a excepción de esas mujeres cuyas siluetas ahora se perdían atrás, entre la oscuridad.

Jeanette miró al ocupante del coche, deseando reparar en su aspecto. Si éste era agradable, se tranquilizaría. Porque lo cierto es que se había puesto muy nerviosa, y aún no sabía ciertamente por qué. En realidad no parecía haber para tanto.

Del coche se apeó un joven alto, fuerte, de ojos azules. Un joven que por lo visto acusaba mucho las inclemencias del tiempo, pues llevaba abrigo y una gruesa bufanda de lana, con la que se tapaba hasta los ojos.

Se acercó a ella.

—Hola, muchacha... —La saludó.

Jeanette comprendió que ese hombre la estaba confundiendo con aquellas mujeres que paseando arriba y abajo de la calle, buscaban distraer y dar placer a quien les pagara lo conveniente.

—Usted se equivoca conmigo... —le dijo Jeanette, muy turbada —. No soy lo que se imagina.

Pero el joven no debió entenderla, pues se acercó más y

pronunció una cifra que como pago al menester que solicitaba debía ser sin lugar a dudas muy generosa.

—¡Le he dicho que se equivoca conmigo! —exclamó Jeanette, y como una niña asustada echó a correr.

Esperaba que el sofoco no pasara de allí, pero se equivocó. El hombre alto, fuerte, de ojos azules, la alcanzó en media docena de pasos, deteniéndola por un brazo con irnos dedos que parecían de hierro.

—¡Suélteme! ¿Qué se ha creído?

Pero Michael Steel-Laines, que por descontado era él, no la soltó. De pronto se dio cuenta de que jamás se había cruzado en su vida una muchacha tan maravillosa como aquella.

—No te suelto —dijo, y la intensidad de sus ojos azules, vidriosos, febriles, daban la sensación de avasallar, de atravesar, de herir, por el solo hecho de mirar.

—Le he dicho... —Pero se le atragantaban las palabras—. O me suelta o gritaré.

—Eres preciosa —repuso Michael—. Junto a una mujer como tú yo me sentiría capaz de todo.

No especificó qué era «todo» para él. Tal vez era mejor así. ¡Resultaban ya tan enrevesados y sinuosos los recovecos de su alma!

—¡Suélteme...!

No, no la obedeció. Por el contrario se lanzó sobre ella, sobre su cuerpo, y desgarró con sus manos, que parecían las garras de un animal dañino, los vestidos de la muchacha.

Del primer zarpazo le hizo saltar todos los botones del abrigo, y del segundo, le desabrochó la blusa y llegó hasta su ropa interior, hasta sus palpitantes senos, queriendo sentir allí el contacto cálido de la piel fina y suave de la muchacha.

Jeanette se puso a gritar como una loca.

Pero comprendía que lo tenía mal con aquel hombre, cuya bufanda seguía tapándole enteramente el rostro, pues él sí debía estar loco de verdad.

De un empujón, Michael la tiró al suelo, presto a lanzarse sobre ella como un fiera salvaje que se hallase en medio de la jungla.

Sin embargo, alguien había oído los gritos de Jeanette. Y ese alguien era un hombre que se lanzó valientemente hacia allí, sin importarle el riesgo que pudiera significar la presencia del peligroso

sádico.

Corrió hacia allí, dejando oír en la calzada de la calle el ruido sonoro de sus rápidas pisadas.

Lo que obligó a Michael a desistir de sus propósitos, ya que detenerse equivalía a correr un riesgo excesivo.

Por ello, dejó a la muchacha tirada en el suelo, y subió rápidamente a su coche, dándole al acelerador y huyendo de aquel lugar como un poseso.

Harold Trevor sólo llegó a tiempo de levantar a la muchacha del suelo.

—¿Usted...? —se sorprendió al reconocer a la joven.

—¿Usted...? —se sorprendió ella a su vez.

—¿Qué le ha sucedido? —quiso saber de fijo Harold Trevor.

Ella se lo explicó.

—¿Cómo era ese hombre? —preguntó.

—No lo sé.

—Aquí no hay mucha luz, pero no es tan escasa. Sin duda se ha tenido que fijar, más o menos.

—He querido decir que iba con el rostro cubierto.

—¡Ah, ya! —Era un nuevo indicio.

Indudablemente lo era. Aunque no equivalía a una prueba.

—Iba cubierto con una gruesa bufanda. Como hoy hace tanto frío... —Y estaba lejos de imaginar el verdadero motivo de que aquel hombre llevase el rostro cubierto.

—Sí, es posible que sea debido al frío que hace. A propósito, ¿no se ha fijado en la matrícula del coche?

—No, en absoluto. ¡Me he llevado un susto tan grande!

—Bueno, no se inquiete más. Estoy yo a su lado. De mí no tiene miedo, ¿verdad?

—Claro que no —sonrió Jeanette.

—La invito a una copa, no creo que le venga mal. Pero en otra calle. Aquí no deben estar las chicas como usted.

—Hola, muchacha... —saludó el hombre de la gruesa bufanda a aquella mujer, de mediana estatura, de gestos procaces.

—Hola —respondió ella.

Al poco se iban juntos en el coche.

—¿De veras vives en la casa que hay construida en lo alto de la colina?

—Sí. Soy el dueño de todo aquello.

—¿Por qué no te quitas la bufanda? Aquí dentro no hace frío.

—He pasado una pulmonía —y expresó desagrado luego de echarte una nueva mirada encima—. ¿Qué edad tienes? Debes ser mayorcita, ¿eh? De buenas a primeras me habías parecido otra cosa.

Ella se molestó, pero procuró disimularlo.

—Tengo sólo treinta y cinco años.

Michael pensó que se quitaba diez, o quizá más. Resultaba vieja y lamentablemente cargada de maquillaje.

Sus carnes debían ser flácidas, arrugadas. No había elegido bien.

Pero aquella noche no podía pedir otra cosa. Había intentado algo, y eso sí que verdaderamente valía la pena, pero no le tocó otro remedio que dejarlo correr.

Por lo demás, ¿qué importancia podía tener ahora que aquella prostituta fuera vieja y desagradable? ¡Si no la quería para acostarse con ella! ¡Por descontado que no!

Después de haber conocido a una criatura tan deliciosa y tentadora como la muchacha aquella que dejó lirada en el suelo, no podía haber placer en compartir la compañía de esa ramera que sin duda, por vieja, estaría a punto de retirarse del oficio.

¡Sólo la quería para paliar, para calmar sus ansias de rencor, de rabia, de odio hacia las mujeres! ¡Sólo la quería para que fuera pasto de sus cocodrilos!

Era delgada, huesuda; poca tajada sacarían. Debía, además, tener la carne dura y poco sabrosa. ¡Qué distinta a Dinah, la muchacha metida en carnes que debió significar para ellos un jubiloso y succulento festín!

—Ya hemos llegado —dijo Michael.

—¿Vamos a entrar por aquí...? —preguntó ella.

—Sí, por aquí nadie nos ve.

—¿Temes que te vean? —volvió a preguntar—. Eres casado, claro.

Pero antes de que él respondiera, aquella mujer se había dicho ya a sí misma que todo aquello no era nada normal.

Michael era joven y rico. ¿Por qué, pues, elegía a una mujer con tantos años como ella, con los encantos ya marchitos? Además, ¿por qué aquella bufanda, que en ningún instante dejaba de cubrir su

rostro?

Se estremeció. Los periódicos comentaban la desaparición de varias muchachas, todas ellas prostitutas de profesión.

—Me lo he pensado mejor —dijo, de pronto—. No quiero entrar. Búscate otra. ¡Adiós!

Pero no tuvo tiempo de alejarse. Michael la retuvo con férrea fuerza.

Sin embargo, ella le dio un fuerte tirón, y los dos cayeron por el suelo.

Pero Michael la redujo en seguida, colocando encima de ella una rodilla, y tapándole la boca con las manos. Controlando sus movimientos y sus actos, por ello, de un modo radical.

Hasta que pegó un tremendo puñetazo a su barbilla, privándola del conocimiento.

Entonces la cogió en brazos y la metió dentro.

La mujer no tardaría en volver en sí, pero entonces ya estaría sin ninguna ropa sobre el cuerpo, junto al borde de la piscina. ¡Y allí, entre el agua azul, muy azul, asomaban las feroces mandíbulas de dos terribles e inmensos cocodrilos!

Se puso a gritar como si hubiera perdido la razón. Con irnos gritos verdaderamente enloquecidos.

—Esperaba que volvieras en sí... —Oyó la voz ronca de Michael—. ¿Qué placer podía encontrar en quitarte la vida, si ni siquiera ibas a darte cuenta de ello?

—No, no... —gimió la mujer, espantosamente vieja y decrepita en aquellos momentos.

—Necesito que sientas el horror de tu próxima muerte para que yo paladee el placer de tu agonía.

—No, por favor... —gemía ininterrumpidamente—. Yo no quiero morir... No quiero...

—Hazte a la idea. Ya no hay quien te salve.

Ella volvía a gritar, tanto que no sabía si sus cuerdas vocales iban a soportarlo.

—¿Vas a morir antes de tiempo, de horror...? —le preguntó—. ¡Bah! No serías la primera. Todas morís así. Luego apenas gritáis. Sí, ya estáis medio muertas cuando caéis al agua.

Michael se acercó a la mujer que en el suelo, sobre los mosaicos multicolores, brillantes y alegres del borde de la piscina, era pasto

de violentos espasmos. Abría los ojos vencida por el más alucinante y terrorífico de los delirios.

Continuaba gritando, más y más fuerte, aunque comprendiendo que ya todo era inútil.

Michael estiró una pierna, dándole fuerte con el zapato. Un agresivo y estremecedor puntapié, un violentísimo empujón, que la tumbó en el agua.

Si bien fue a parar, más que al agua, a las mandíbulas ya abiertas de aquellos dos cocodrilos que, hambrientos, famélicos, demoledores, esperaban ansiosamente su presa.

Entre sus afilados dientes crujieron los huesos de aquella infeliz, que ni acertó ya a gritar.

Quizá sí había muerto ya de horror.

## CAPÍTULO VII

El doctor Morris, tras dejar detenido su coche, llamó a la puerta principal de la casa.

Harold le abrió.

—Buenos días, doctor —saludó, respetuosamente.

—¿Está mal la señora? —preguntó—. He recibido el encargo de que era urgente.

—Se trata de Margaret, la sirvienta —le hizo saber—. Le ha dado un ataque y no vuelve en sí.

El doctor Morris, que a sus sesenta y cinco años aún conservaba su prestancia física, fue directamente hacia la habitación de la vieja sirvienta de la casa.

En efecto, Margaret no terminaba de recuperar el conocimiento. Se hallaba lívida, con profundas ojeras alrededor de los ojos. Tenía los labios morados.

Tía Claire permanecía junto al lecho.

El doctor Morris auscultó a la enferma, mostrando desde el primer momento un gesto de grave contrariedad.

Poco después diagnosticaba:

—Infarto de miocardio.

Y añadía:

—Desgraciadamente no hay nada que hacer. Puede que se recupere, pero será por un par de días, como máximo. Si tiene familia, es el momento de notificarles...

Cuando el doctor Morris salió de aquella habitación, tía Claire le habló de Michael.

—Quiere verte... —le dijo—. Para lo de siempre. Se ha empeñado en que sabes algo... —Y tras un suspiro dolorosísimo—. Cada día está peor. Mi preocupación es ya tanta que...

—Tómatelo con calma, Claire —dijo afectuosamente el doctor Morris—. Vas a necesitarlo. De lo contrario, acabarás mal.

—¿Qué me aconsejas?

—Soy amigo de la familia, de toda la vida, ya lo sabes. Pero ni aun así, Claire, me atrevo a aconsejarte. Sólo puedo decirte, sinceramente una cosa, Michael me asusta.

—¿Te asusta?

—Está dejando de ser un ser normal —repuso el doctor Morris—. ¿No te has fijado, Claire, en el brillo demencial de sus ojos? Yo de ti... —Pero se detuvo, quizá considerando que se iba a extralimitar al decir lo que, todavía, era sólo una mera deducción suya.

—Sigue —rogó tía Claire.

—Yo de ti... —repitió el doctor Morris. Se decidió a decirlo— tendría mucho cuidado. No vaya a ser que te pague todos los desvelos, todos los afanes, todas las preocupaciones que te ha dado, del peor modo...

—¿Del peor modo? ¿Qué quieres decir?

—No lo sé. Pero ya te lo he dicho, Michael me asusta. En fin, me voy. No, no... —Se adelantó al ademán de tía Claire— hoy no puedo hablar con él, tengo prisa. Dile que hablaremos mañana, cuando venga de nuevo a visitar a Margaret.

El inspector Simons, que se hallaba sentado tras su mesa de la oficina, en la comisaría, recibió a uno de sus agentes, el cual le notificó:

—Ann Garnet y Ava Sheridan se hallan viviendo en sus respectivos domicilios. No les sucede nada. Todo en sus vidas es absoluta tranquilidad.

—Que se les ponga vigilancia... —ordenó el inspector siguiendo así las instrucciones de Harold Trevor.

—Sí, jefe.

—Y hágale saber a Harold, así que sea posible, que por ese lado todo marcha bien.

## CAPÍTULO VIII

Michael Steel-Laines había permanecido largo rato unto al lecho de Margaret. Habían hablado largo y tendido, aunque nadie oyó lo que uno y otro dijeron. Finalmente fue llamado un notario.

—¿Qué significa esto, Michael? —le preguntó tía Claire aquella noche a su sobrino, ambos ya solos en el saloncito, con la puerta cerrada.

—¿A qué te refieres?

—Al notario... A Margaret... A todo eso... No comprendo absolutamente nada.

—No tengo inconveniente en decírtelo. Todo, en realidad, se resume a estas palabras: «De mí no se burla nadie, y menos aún ese par de engreídas estúpidas».

Tía Claire hizo un gesto de incompreensión.

—Me refiero a Ann Garnet y a Ava Sheridan —punáis fizó.

—No, no te entiendo... —repuso tía Claire—. ¿Qué tienen que ver ellas con nuestra sirvienta Margaret y con el notario?

—Lo sabrás así que Margaret muera, así que sea leído su testamento.

—Margaret no tiene nada que legar —el rostro de Claire reflejaba cada vez más incompreensión—. Lo ases de sobras. Toda la vida se la ha pasado ayudando a su hija. La pobre está siempre enferma y...

—Y Margaret —prosiguió Michael— lamenta su próxima muerte más por ella que por sí misma. Así que yo a he brindado la solución. Y he abierto a su nombre, en la sucursal del Banco Central, en Watt, una cuenta corriente por valor de cincuenta mil libras.

—Muy generoso por tu parte.

—No tan generoso como por lo visto supones, o me haces creer que supones... —Michael se rió—. He exigido ciertas condiciones.

—¿Qué clase de condiciones? —preguntó.

—Lo sabrás cuando se lea el testamento. Sólo te puedo adelantar como algo concreto, como algo seguro, que a partir de entonces dormiré más a gusto. ¡Porque desde que esas dos estúpidas se burlaron tan desvergonzadamente de mí —gritó súbitamente, descompuesto— mis noches son una pesadilla! ¡Una terrible, incruenta y cegadora pesadilla, en la que el odio y la impotencia que siento me desgarran hasta más adentro de las entrañas! No, no consigo calmarme ni siquiera... ni siquiera... —vaciló un poco, pero prosiguió tras echar una rápida mirada a la puerta cerrada— ni siquiera... dando de comer a mis dos entrañables amigos.

—¡Calla! —sollozó tía Claire. Pero no tardó en preguntarle, con un escalofrío—. ¿Has vuelto a hacerlo? La otra noche me pareció oírte llegar acompañado.

—Sí, llegué acompañado... —Michael no lo negó—. Pero ¡bah!, era una mujer vieja y delgada cuya agonía no me supo a nada.

—¡Calla! ¡Calla! —volvió a exclamar. Pero volvió a preguntar, esta vez con distinto acento—: ¿Qué va a ser de Ann Garnet y de Ava Sheridan? ¿Qué pretendes? ¡Dímelo! ¡No me hagas esperar al testamento! ¡Mi impaciencia es demasiada! Dímelo...

Pero Michael no se lo dijo.

En el salón de la casa se hallaban reunidas las personas con anterioridad citadas.

El momento de la lectura del testamento había llegado.

Las dos exhibitoras mostraban un visible asombro. No terminaban de asimilar el porqué había sido requerida allí su presencia, aunque el notario, como es lógico, algo les había ya adelantado.

Ann Garnet llegó acompañada de su primo Dick, un hombre alto, delgado, pecoso, y de Elisabeth, la esposa de éste, una mujer de expresión nerviosa, irritada, que había sonreír, eso sí, cada vez que quería causar buena impresión. Debía saber que la sonrisa era lo más agradable de su persona.

Ava Sheridan llegó con sus tíos Bobby y Chester, dos hombres de mediana edad, que a juzgar por los rasgos fríos y duros de su fisonomía no eran evidentemente muy de fiar.

Todos permanecían tensos.

Expectantes.

A la espera de aquel hecho insólito e inesperado, que podía tal

vez dar un giro sorprendente a sus vidas.

Llegó el momento decisivo:

*«Diez mil libras son para mi única hija, Adela, para que se cuide y recupere la salud.*

*»El resto, cuarenta mil, son a partes iguales para las señoritas Ann Garnet y Ava Sheridan, a quienes he tenido el gusto de conocer aquí, en la casa donde he prestado mis servicios durante tantos años.*

*»Pero cobrarán esa cifra sólo en el caso de que mis pesadillas se conviertan en triste y amarga realidad. Lo que presiento que sucederá. A lo largo de mi vida, las pesadillas que he sufrido por las noches, siempre me han indicado lo que iba a suceder.*

*»En tal caso, quiero ayudar a esas dos desgraciadas, para que, por lo menos amparadas económicamente, la existencia resulte más benévola y tolerante para ellas.*

*»Me explicaré...*

*»Debo hacerlo debidamente, ya que esta circunstancia es la que ciertamente motiva que el testamento sea redactado en tales términos.*

*»Se trata, en resumen, de que guiándome por el contenido de mis pesadillas, creo firmemente que ambas señoritas, por accidente casual, o pela lamentable circunstancia que sea, acabarán con el rostro desfigurado. Un rostro, como el de ir señor Michael Steel-Laines, en el que faltarán la dos orejas, los labios estarán partidos por varios lados y la nariz habrá sido amputada de cuajo.*

*»De suceder así, repito, quiero ayudarlas con veinte mil libras a cada una. Para que su desgracia sea más tolerable.*

*»Ahora bien, si en el plazo de un año no sucediera lo que temo —Dios lo quiera así— de seguir pues, perfectas y normales sus fisonomías, las cuarenta mil*

*libras serán para beneficencia.*

*»Ésta es mi última y más humilde voluntad la que redacto con mi mejor buena intención.*

*»Y para que así conste a los efectos legales firmo en mi lecho de muerte, en presencia...*

Ann Garnet se había levantado de su asiento, pálida demudada, desencajada.

—¡Esto es una endemoniada encerrona! —exclamó—. ¡Esto está preparado para perderme...!

Y miró con miedo a su primo Dick, y a su esposa Elisabeth, a quienes por lo visto, creía capaces de cualquier atrocidad.

Ava Sheridan también había abandonado su asiento. Pero ella, roja, congestionada, a punto de estallar.

—¿Qué significan estos términos...? —gimoteó.

Y ella a su vez miraba con miedo a sus tíos Bobby y Chester, a quienes por descontado también creía capaces de todo.

De todo... ¡porque ella cobrara veinte mil libras!

## CAPÍTULO IX

De nuevo a solas en el saloncito, Michael Steel-Laines se reía. Y tía Claire, más horrorizada que nunca, se daba cuenta de que era aquélla, quizá la primera risa verdaderamente alegre de su vida.

—¿Comprendes ahora, tía Claire? —Y seguía riéndose, tan a gusto que casi se le saltaban las lágrimas—. A las dos les he tendido una red. Sus parientes son unos muertos de hambre. Sí, lo son; lo serán mientras ellas conserven el rostro intacto. No así en el caso de que un «lamentable accidente», cualquiera que éste sea, de al traste con los encantos de sus fisonomías. Y como sus parientes son personas egoístas, ambiciosas... ¿Comprendes, tía Claire? Sin necesidad de mover un solo dedo, acabo de sentenciarlas inapelablemente. Porque a no tardar, ese desgraciado y lamentable accidente acaecerá. Alguien querrá que ellas cobren el dinero ofrecido. ¡Y se quedarán convertidas en una imagen muy parecida a la mía! ¿Comprendes ahora, tía Claire? —volvió a repetir, mientras asimismo volvía a reírse—. Pero no, no acabará la cosa aquí, lo presiento. Ya con el rostro terriblemente mutilado, desfigurado, comprendiendo de dónde indirectamente les ha llegado la venganza, vendrán aquí, querrán verme. Y yo les recibiré, claro que sí, y les conduciré al ala derecha. Habrán caído implacablemente en mi poder, entre mis garras y ya no saldrán con vida. Aunque puede —se reía cada vez más fuerte— que no tenga necesidad de echarlas al agua. Puede que, desesperadas, ellas mismas se arrojen. No me extrañaría.

—¡Michael, por favor! No sigas expresándote así, y piensa que lógicamente, sensatamente, no todo sucederá como has indicado.

—¿Por qué no? —Respingó, dejando de pronto su risa.

—Aceptar o no un dinero, es de libre y absoluto albedrío. Así, pues, con que Ann Garnet y Ava Sheridan renuncien legalmente al testamento. Y es lo que harán. Eso será todo. Compréndelo, tu idea

ha sido inútil, insensata, descabellada. Además, cabe que el testamento sea considerado ilegal. Esos extraños términos... Sí, es muy posible que sea invalidado.

—He pensado en todo ello —dijo Michael. Y agregó—. Pero de momento Ann Garnet y Ava Sheridan deben estar muy nerviosas, muy excitadas, sumamente impresionadas. Deben sentirse incapaces de pensar... Por lo tanto, tardarán en reaccionar. Y para entonces... No llegarán a tiempo de renunciar a nada. Porque yo sé lo que sucederá antes, antes... Si la imaginación te falla, tía Claire, yo te lo diré. ¡Por veinte mil libras, con el físico de Ann Garnet acabará su primo Dick, o su esposa Elisabeth! ¡Y por las otras veinte mil libras, el rostro de Ava Sheridan quedará destruido por uno de sus tíos, Bobby o Chester! Estoy seguro de ello.

—Desvarías, Michael. No sucederá así. ¿Crees, acaso, que esa gente está loca? Reflexiona, por favor. Además, ¿cómo iban a beneficiarse del dinero que ella pudiera cobrar, si eran ellos mismos quienes...?

—Lo harán —le interrumpió—. ¡Lo harán! Ya lo verás. Pero, claro, ni Ann Garnet llegará a saber quién le ha destrozado el rostro a ella... ni tampoco llegará a saberlo Ava Sheridan. Hay métodos adecuados. En medio de la oscuridad. Enmascarándose el rostro. Lo harán bien.

Michael volvía ahora a reírse.

Estaba seguro de sí mismo. Seguro de su idea. Nunca se había creído tan listo.

Tía Claire, finalmente, tuvo que taparse los oídos para no oírle. No podía resistirlo. Era superior a sus fuerzas.

—¿Y si yo acierto y todo eso no te sirve de nada...? —Se atrevió, empero, a preguntar tras una pausa.

—Me entrarían deseos de asesinar al mundo entero —masculló Michael, entre dientes.

—¿Y si yo me equivocara y te salieras con la tuya? —volvió a preguntar—. ¿Serían ésos tus últimos crímenes?

—Sí, es posible.

Llamaron a la puerta principal de la casa, y Harold Trevor fue a abrir.

Se encontró con la agradable y a la vez desagradable sorpresa de que era Jeanette quién estaba allí.

—¿Tú...?

La otra noche acabaron tuteándose.

—Yo, sí —sonrió ella—. ¡A ver si esta vez tengo más suerte! —Y le explicó—: De nuevo ha salido el anuncio. Siguen buscando una bibliotecaria.

—No, Jeanette, no puedes entrar al servicio de esta casa. —Su acento era grave—. Vete ahora mismo.

—Si necesito tanto un empleo... —Y con la sonrisa en los labios, interpretando erróneamente las objeciones de Harold—. A mí no me importa que el trabajo sea duro.

—No se trata de eso. Por favor, no quieras que te dé explicaciones, no puedo dártelas. Pero vete de aquí, cuanto antes.

—Creía —dijo ella, con gesto pesaroso— que ibas a alegrarte de verme. Ya veo que es todo lo contrario.

—No, te aseguro que no... en el sentido que tú lo dices. Pero no debes quedarte, y si eres una chica lista me harás caso. Te lo ruego, Jeanette. Te lo ruego encarecidamente.

—¿Quién es, Harold? —se interesó tía Claire desde a puerta del saloncito. Y dando ya varios pasos hacia la puerta principal de la casa—. ¡Ah! Sin duda una señorita que viene por lo del anuncio. Sí, claro. Usted ya estuvo el otro día, ¿verdad? Ahora no está el puesto ocupado. Pase, pase, por favor. Llegaremos a un acuerdo...

Jeanette miró a Harold, como diciéndole que ya era tarde para hacerle caso. Además, ¿por qué no iba a aprovechar una buena oportunidad, si es que la encontraba?

Ya entraba Jeanette en la biblioteca, cuya puerta tía Claire le entreabría, cediéndole el paso, cuando ésta se volvió hacia el mayordomo:

—Harold.

—Dígame, señora.

—Vaya a la finca del doctor Morris. Vaya personalmente. Y dígle que necesito hablarle lo antes posible. Si le dijera que antes debe hacer una visita urgente, aprémiele y dígle de mi parte que lo mío es cuestión de vida o muerte.

—De acuerdo, señora.

Harold Trevor se alegró de aquellas facilidades que se le concedían para poder salir de la casa. Porque así podría hablar, desde el teléfono de la gasolinera, con el inspector Simons.

Urgía tomar ciertas medidas.

Nada era aún concreto, definitivo, radical, pero todo empezaba a tener visos de serlo. Lo que equivalía a que era mucho, e inminente, el riesgo que entrañaba el caso.

No podía seguir cruzado de brazos, meramente a la expectativa. Ahora Jeanette iba a quedarse en la casa, y su vida era para él algo muy estimable.

Luego de hablar con el inspector Simons, salió corriendo de la gasolinera, para ganar el tiempo perdido. Para que su ausencia de la casa no resultara excesiva o sospechosa, que ambas cosas hubieran significado lo mismo.

Al poco comunicaba a tía Claire:

—El doctor Morris estará aquí antes de cinco minutos.

—Bien, Harold. A propósito, la señorita se llama Jeanette, es ya la nueva bibliotecaria. Haga lo posible para que se sienta a gusto en esta casa.

—Sí, señora.

—Que se le prepare una habitación en el piso. Quiero que se encuentre cómoda.

—Sí, señora.

Seguidamente, tía Claire fue al encuentro de su sobrino, al que suponía que encontraría todavía en el saloncito.

No se equivocó. Allí estaba.

Pero le encontró de pie, muy agitado, con una mirada cuyos fulgores violentos, agresivos, daban la medida de lo impulsivas y desatadas de sus emociones.

—¿Qué te pasa...? —le preguntó, sobresaltada.

—La he visto —dijo Michael—. Es ella... Es ella...

—¿Te refieres a la nueva bibliotecaria? Se llama Jeanette. ¿Por qué dices que es ella? ¿La conoces acaso...?

No respondió a ninguna de estas preguntas. Se limitó a inquirir a su vez:

—¿Le has hablado a esa muchacha, como a las otras?

—No; todavía no —repuso tía Claire—. Pero ya lo haré, no te preocupes. Y ya verás como con ella todo irá perfectamente.

—No, no quiero que le hables en ese sentido. Lo que haya de decirle, se lo diré yo mismo en el momento que considere más oportuno. ¿Me entiendes?

—No del todo, Michael. Pero te haré caso, claro que sí. Yo nunca te he desobedecido.

—Pues esto es todo —hizo constar, sin que, en absoluto, hubiera decrecido su agitación—. Del resto me encargaré yo.

—Por favor, Michael, no compliques más la situación. ¿Acaso no está ya bastante complicada?

—Sí, tía Claire —reconoció—. Lo está. Es cierto. Ya verás, la policía no tardará en llegar a esta casa.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro. Y querrá ver, o mucho me equivoco, el ala derecha de la casa.

—¡Michael! —exclamó, sofocadísima.

—No, no te inquietes. Cuando la policía llegue, todo estará en perfectas condiciones.

—Pero ¿y la piscina?

—Será una piscina corriente, normal, nada la diferenciará de las demás.

—Pero —inquirió de nuevo— ¿y los... los...? —no concluyó, pero el significado resultaba evidente.

—Los tengo metidos, escondidos, en un compartimento adjunto, donde nadie ha de verlos. No volveré a dejarles libres hasta que me interese... —Y sin más—. A propósito, ¿para qué ha de venir el doctor Morris con tanta urgencia?

—Quisiera que hablara contigo —dijo tía Claire— y que consiguiera tranquilizarte algo. A este paso, Michael, ¿adónde vas a llegar? A menos que en adelante te controles...

—¡No quiero ver al doctor Morris —gritó Michael— ni a nadie que venga a soltarme sermones! ¡Sé de sobras lo que he de hacer con mi vida! Telefonéale y dile que no le necesitamos para nada. ¿Está claro, tía Claire? Supongo que sí.

—Sí, Michael.

—Pues no te olvides de dar esa contraorden.

—No, Michael —acató, una vez más.

Harold Trevor abrió la puerta principal, cuyo timbre acababa de sonar de modo persistente.

Apareció el comisario Simons.

—¿Qué desea? —le preguntó Harold, de espaldas a la puerta del saloncito, en cuyo dintel se hallaban en aquel momento tía y

sobrino.

—Soy el inspector Simons —se presentó el visitante—. ¿Podría hablar con el señor Michael Steel-Laines?

—Pase usted —Harold le hizo una respetuosa inclinación de cabeza—. Iré a ver...

Pero Michael había oído ya la clase de visita que acababa de recibir, y se anticipó:

—Adelante, inspector. Está usted en su casa.

—Gracias —hizo un gesto casi inevitable al ver la horrible mutilación de su rostro, pero se rehízo en seguida—. Venía a hacerle un par de preguntas.

—Supongo que viene en plan oficial, ¿no es eso?

—Desde luego.

Tía Claire, muy azorada, se retiró hacia el otro extremo de la casa. Y Michael hizo pasar al inspector al saloncito, cerrando la puerta a sus espaldas.

—Dígame, inspector.

—He recibido una denuncia contra usted.

—Sin duda de la señorita Ann Garnet o de Ava Sheridan, ¿verdad?

—Aceptemos esa hipótesis. ¿Qué tiene usted que objetar en su defensa?

—Absolutamente nada, porque de nada he de defenderme. El testamento lo hizo mi sirvienta, Margaret, y yo en eso no tengo nada que ver. Si ellas suponen otra cosa, se equivocan lamentablemente.

—La cuenta corriente, a nombre de su sirvienta, fue impuesta por usted hace muy pocos días. Lo hemos comprobado. De ello se desprende...

—Solamente se desprende —recalcó— que yo regalé cincuenta mil libras a un vieja y leal sirvienta que iba a morir, y que se hallaba hondamente preocupada por la suerte que pudiera correr su hija enferma. Si ella decidió pensar en Ann Garnet y en Ava Sheridan, ésa no es cuestión mía.

—Si usted le dio el dinero para su hija, ¿no resulta extraño que ella decidiera dejarlo en casi su totalidad a quien, por otra parte, apenas conocía?

—No sabría qué decirle. Sólo la propia interesada podría

descorrer ese misterio, pero ella está muerta.

—Tenemos la sospecha de que todo eso lo ha urdido usted, señor de Steel-Laines.

—Tendrá que probarlo, inspector. ¿Simons ha dicho? ¡Ah, sí! Simons. Pues sí, tendrá que probarlo. Las sospechas no bastan.

—Por descontado que no. Por eso le pido me muestre el ala derecha de esta casa, que según tengo entendido usted ha convertido en algo de su exclusivo uso.

—Está usted en su casa, ya se lo he dicho.

Le enseñó detenidamente lo que deseaba.

—¿Por qué, señor de Steel-Laines, estas paredes? Para que en el exterior no se oiga nada, ¿verdad?

—Sí —afirmó— precisamente para eso.

—¿Y qué explicación tiene?

—Una muy sencilla —le interrumpió—. Cuando me miro a un espejo y me dan ganas de gritar de desesperación durante horas y horas, me encierro aquí y me desahogo sabiendo que a nadie voy a asustar. ¿Satisfecha su curiosidad, inspector Simons?

Más adelante surgió la otra pregunta del policía:

—Y esta piscina aquí, ¿para que la construyó?

—Me gusta mucho nadar —y añadió con punzante ironía—: ¿A usted no, inspector? Un día le retaré a cien metros libres, ¿quiere?

El inspector no había de tardar en abandonar la casa. Estaba ya claro que allí no había de encontrar pruebas evidentes de nada.

—Quedo a sus órdenes —dijo Michael—. Y gracias por haber venido usted personalmente, lo que supongo equivale a un honor para mí. Buenas tardes.

Harold Trevor abrió la puerta.

—Acompañe al inspector hasta su coche, Harold.

—Sí, señor.

En dirección al coche, el inspector Simons musitó débilmente, disimuladamente:

—Vigíle esta noche. Esta noche es de vital importancia. Supongo que eres de mi mismo parecer.

—Sí, jefe.

—Sigues desconfiando de él, ¿no es eso?

—Mas que nunca.

## CAPÍTULO X

Ann Garnet salió del piso sin que su primo Dick reparara en ello. Sin que, por descontado, su esposa Elisabeth se percatara de sus ansias por huir de aquel lugar.

Por huir adonde fuera, pero lejos de ambos. Donde no pudiera llegar su mano destructora, mutiladora.

Si se hubiera quedado allí, no hubiese llegado al día siguiente con el rostro intacto. Se lo había dicho una y otra vez un siniestro presentimiento. ¡Eran veinte mil libras las que estaban en juego!

Estaba obsesionada con esa idea, y por eso no se detuvo a reflexionar sobre la circunstancia de que su primo Dick, o su esposa Elisabeth, no podían en buena lógica hacer eso, lo que ella tanto temía, de un modo tan sencillo.

Porque, ¿cómo hacerlo? ¿Y cómo no infundir sospechas? Además, ¿tan malos eran? Ciertamente no debía llegar a tanto el emponzoñamiento de sus corazones.

Sin embargo, Ann no podía en aquellos momentos darse el lujo de reflexionar con sensatez.

Desde luego, eso sí, estaba decidida a renunciar legalmente al testamento, la única forma de zafarse de aquella horrible trampa que se le había tendido, con apariencia de bondad, de generosidad, cuando en sí no encerraba más que hipocresía y maldad.

Horrible maldad, donde latía el más estremecedor odio.

Sabía de quién llegaba el dardo envenenado. ¡Claro que sí! Michael Steel-Laines no le había perdonado que, a pesar de su cuantiosa fortuna, se hubiera marchado de la casa sin querer saber nada de él.

Y ahora pretendía, contando con la ambición ajena, vengarse de ella. Vengarse del modo más espantoso, para que se acordara de él el resto de sus días.

Pero Ann Garnet se fue serenando al sentirse ya lejos de Dick y

de Elisabeth. Dejó de latirle tan alocadamente el corazón. Dejaron de castañetearle los dientes.

Ahora iba andando por una calle cualquiera de Watt, donde las tiendas habían sido cerradas, pero donde quedaban iluminados algunos escaparates.

Lo que Ann Garnet no sabía era que salió tan discretamente de su piso, y tan sigilosamente del portal de la casa, que incluso consiguió despistar al policía que tenía orden de protegerla.

Pero, claro, Ann Garnet tampoco sabía que tras ella iba por la calle otra persona.

Sí, la muchacha se iba serenando. Creía que ya había pasado lo peor. Al día siguiente iría a ver al notario y todo quedaría arreglado; ya no tendría por qué temer a nadie.

Se detuvo junto al escaparate de una tienda, tras cuyo cristal se veían varios abrigos de pieles.

En eso, Ann Garnet se dio cuenta de que a su lado se había colocado una viejecita, una mendiga, cuyo cabello entrecano eran puras greñas y cuyas greñas casi le ocultaban las facciones.

Era, a excepción de ella misma, la única persona que transitaba por la calle en aquel momento.

—Bonitos abrigos, ¿verdad? —sonrió Ann Garnet al ver que la mendiga había quedado detenida a su lado, mirando hacia el interior.

—Sí, mucho... —musitó la interpelada. Y añadió—: Me gustaría poder coger uno... Para una hija que tengo...

Ann Garnet miró entonces más detenidamente a la mendiga, que aparentaba unos ochenta años, cuyo aspecto, sin embargo, de pronto se le antojó raro, extraño, como si fuera disfrazada.

—Me dan ganas —murmuró la mendiga— de romper el cristal y de llevarme uno.

Y antes de que Ann Garnet le dijera que no hiciera tonterías, que no lo intentara siquiera, la viejecita dio un codazo al cristal, que se rajó en varias direcciones. Sólo se desprendieron, empero, un par de trozos.

Pero a la mendiga le bastaba con uno de ellos. Lo cogió firmemente, con cuidado, eso sí, para no cortarse, y lo alzó sobre Ann Garnet.

Ella no tuvo tiempo de retroceder,' pues el factor sorpresa le

privó de irnos segundos que habían de serle fatales.

El cortante cristal cayó implacablemente sobre su nariz, sobre su apéndice nasal, amputándoselo de cuajo. De una sola vez. Con golpe certero, contundente.

Gritó horrorizada, inundado de sangre el rostro, y muerta de dolor.

Las rodillas le flaquearon, desplomándose sobre la acera, lo que no significaba que perdiera el conocimiento.

La ocasión, sin embargo, no era para desperdiciarla. Así lo consideró la mendiga. Acercó el cristal a la oreja derecha.

Y zas..., la oreja quedó cortada.

Y de nuevo zas..., y quedó cortada la izquierda.

La sangre chorreaba ahora por tres lugares distintos.

Ann Garnet ahora sí se desvaneció del todo.

A continuación, las tijeras destrozaron los labios en incisivos y repetidos cortes. Lo que faltaba. El resto ya estaba hecho.

Luego, la viejecita, la mendiga, se escapó de allí, a todo correr. Demasiado aprisa para la edad que aparentaba.

Ava Sheridan había hecho otro tanto, o algo muy parecido.

Había salido de su piso sin que sus tíos Bobby y Chester se hubieran dado cuenta de ello. Con idénticas ansias de huir de allí. Adonde fuera, pero lejos. Donde no pudieran alcanzarle el egoísmo y la ambición de ellos.

Lo mismo que Ann Garnet, tampoco ella razonaba muy sensatamente. Estaba demasiado nerviosa, demasiado alterada.

Renunciaría al testamento. Legalmente, notarialmente, y podría volver a respirar a gusto. Nadie le haría ya nada, pues nada ganarían haciéndoselo.

En este pensamiento también coincidían las dos muchachas.

Incluso coincidieron en el hecho de dejar el piso y el portal de la casa, con tanto celo y tanta maña, que de nuevo en esta ocasión había de quedar burlada la vigilancia del policía.

Una y otra parecían copiarse, calcarse en sus emociones, en sus reacciones y en sus pasos, que sin saberlo les llevaban a la perdición.

Ya estaba Ava Sheridan más tranquila. Iba por la calle habiendo conseguido controlar mejor su respiración, y serenar su pulso.

En eso, pasó por un portal ya cerrado, bastante oscuro, donde

reparó en una viejecita que gimoteaba. Iba vestida de puros harapos. Sin duda era una mendiga.

—¿Qué le sucede...? —se compadeció la muchacha, acercándose a ella.

—No me puedo levantar. Me flaquean las piernas. Son los años. A los tuyos eso no se comprende.

—Yo la ayudaré, no se preocupe —dijo amablemente Ava Sheridan—. Pero ¿qué hace con ese cristal en la mano? Mujer, va a cortarse.

Ava Sheridan se había agachado. No, no tuvo tiempo de incorporarse.

La mano de la mendiga se alzó, descargando implacablemente el funesto golpe.

Quedó amputada la nariz, aunque en este caso concreto no del todo. Quedó por cortar la piel de la parte baja, por lo que en realidad el apéndice nasal quedó colgando.

Pero sólo quedaba sujeto por la piel, por lo que ciertamente podía darse por hecho el trabajo.

Ava Sheridan acusó un dolor agudísimo. Ella no gritó, sólo gimió, plañó de un modo desesperado.

Ella, por lo demás, sí cayó enteramente desvanecida.

Lo que abrevió mucho el trabajo de la mendiga, que ya sin contemplaciones concluyó con su siniestra y monstruosa tarea.

Primero la oreja derecha. Luego la izquierda. Después los labios.

El rostro quedó inundado de sangre.

Acto seguido, la viejecita huyó mucho más rápidamente de lo que podía esperarse de sus años.

## CAPÍTULO XI

Harold Trevor había telefoneado desde la gasolinera, directamente a la comisaría de policía.

Les hizo saber que Michael Steel-Laines no había salido aquella noche pasada de la mansión construida sobre lo alto de la colina. Seguro. Segurísimo. Había espiado todos sus movimientos.

Por su parte, el inspector Simons le informó de lo sucedido a Ann Garnet y a Ava Sheridan. Ampliándole la información hasta su funesto y trágico desenlace.

Porque no todo había acabado del modo referido.

Poco después, Ann Garnet volvió en sí, y con un gran esfuerzo logró ponerse de rodillas sobre la acera y luego de pie, apoyándose en el saliente del escaparate. Entonces se vio reflejada en el cristal de la tienda y su espanto fue tanto que, sin saber adónde iba ni qué buscaba, echó a correr. Cruzó la calzada sin mirar a ningún lado, alucinada. No reparó en que aparecían los focos de un coche. Las ruedas delanteras la cogieron de pleno. Resultaron inútiles los esfuerzos del conductor por frenar a tiempo. Quedó sin vida.

En cuanto a Ava Sheridan, fue recogida por una ambulancia. En el trayecto recobró el conocimiento, y palpándose el rostro destrozado, inundado de sangre, se puso a gritar. Y se pasó el recorrido gritando. Fue conducida directamente al quirófano, pero el *shock* recibido era demasiado fuerte y a pesar de las precauciones tomadas no resistió el cloroformo.

—Pues Michael Steel-Laines no ha sido —ratificó Harold Trevor al inspector Simons—. Tendrá que buscar otras pistas.

—Lo haremos. De todos modos...

—Diga, jefe.

—Sigue en tu puesto. Estar allí en plan de simple mayordomo, es desde luego una excelente idea. Permanece alerta, pero con toda la cautela que sea precisa. Ahora también sospecho yo de Michael

Steel-Laines... Aunque, en este caso concreto, por lo visto es inocente.

—Siga confiando en mí, jefe. Dé por descontado que no voy a defraudarle.

No mucho después, en el salón cito de la mansión, tía Claire leía el periódico. En la página de sucesos venían ya los pormenores relacionados con la suerte que habían llevado Ann Garnet y Ava Sheridan, dos víctimas inocentes cuyo final no había podido ser más horripilante.

—¿Lo has leído...? —preguntó tía Claire a su sobrino, que acababa de entrar en la estancia, sentándose frente a ella y encendiendo un cigarrillo.

—Sí, sí —se rió Michael—. Mi carambola ha resultado perfecta. Lástima, eso sí, que hayan muerto. Me hubiera gustado, ya te lo dije, que vinieran a pedirme cuentas, que cayeran de un modo definitivo en mis garras. Les habría ofrecido con todos los honores el último acto. Pero, en fin —se encogió de hombros— no me quejo. Han tenido ya su castigo. ¡Por engreídas...!

—Ha sido horrible, Michael —musitó tía Claire, con escalofríos por todo el cuerpo—. Pero, supongo, que ya no habrán más críme... —no concluyó—. ¿Verdad que no?

—Todo depende del trato que reciba de...

Michael tampoco había concluido la frase.

—¿De quién? —inquirió tía Claire.

—Me estoy refiriendo a esa muchacha tan guapa, tan atractiva. Jeanette se llama, ¿no es eso?

—Aún no le he hablado de ti. Me dijiste que no lo hiciera, ¿recuerdas? Pero si pretendes que todo vaya bien, te aconsejo que no la expongas a sorpresas, que siempre pueden resultar contraproducentes.

—¿Quieres darme a entender, tía Claire, que resulto algo demasiado repugnante, demasiado horrible, para que, sin previo aviso, pueda darme el lujo de dejarme ver?

Estaba fumando, y el humo salía por los orificios de su amputada nariz. El espectáculo sobrecogía.

—Por favor, Michael —se angustió tía Claire— no te pongas hiriente. Quiero lo mejor para ti. Lo sabes de sobras. Por eso te aconsejo, antes de que una nueva ligereza te lleve a la perdición.

—Bueno, háblale a Jeanette... —Sin embargo, con ese tono ronco que adquiriría en sus peores momentos, le previno—: Pero procura ser persuasiva, tía Claire, porque el desprecio de las otras me llenó de rabia, de coraje y de odio, pero esto sería peor. Infinitamente peor. Antes de empezar ya lo sé. ¿Sabes? Esta muchacha me gusta de verdad.

—Sí, sí, Michael —se aturulló visiblemente tía Claire— seré todo lo persuasiva que pueda. Por mí no quedará...

Se disponía a dejar el dormitorio que le había sido destinado, donde no había terminado de dormir a gusto aquella noche, cuando oyó que llamaban a la puerta.

Abrió.

—Soy yo. ¿Puedo pasar? —preguntó Harold, con voz muy queda. Acababa de regresar de la gasolinera—. Tengo que decirte algo muy importante.

Ella salió al pasillo.

—Lo que tengas que decirme, dímelo aquí... —Y con una sonrisita—. No acostumbro a hablar con los hombres en mi habitación.

—No seas mal pensada... —dijo Harold—. Se trata de otra cosa.

—Dime lo que sea.

—Pero ¿aquí? Nos pueden oír.

—No hay nadie.

—Es respecto a lo de ayer, ¿lo has olvidado? Te dije que no debías quedarte aquí, que me harías caso si eras una chica lista.

—¿Por qué he de irme —preguntó Jeanette— si van a pagarme magníficamente? ¡Si casi parece un sueño!

—El hecho que te ofrezcan más de la cuenta, ¿no te hace recelar? En esto no demuestras ser muy mal pensada.

—Pero recelar, ¿de qué?

—Te lo dije ayer, te lo repito ahora. No puedo darte explicaciones. Pero, por favor, vete. Vete cuanto antes de aquí, Jeanette...

—No comprendo...

—Por favor —insistió Harold—. Vete antes de que sea tarde... —Y como ella vacilara, aunque sin decidirse a nada concreto, agregó—: No has conocido aún al dueño de la casa, ¿verdad? Pues te aseguro que de él no puede llegarte nada bueno...

Pero Harold Trevor retrocedió varios pasos al oír que, en la planta baja de la casa, se entreabría la puerta del saloncito.

—Chissss... —pidió a la muchacha, poniendo significativamente el dedo índice sobre los labios.

Tanto misterio desconcertó a Jeanette. Pero eso no había de privarla de reaccionar con naturalidad.

—¡Jeanette! —llamó tía Claire, al verla, desde abajo.

—Buenos días, señora —saludó ella amablemente, y, dejando atrás a Harold, escondido, como si verdaderamente no estuviera, descendió la escalera.

—Venga conmigo a la biblioteca, si es usted tan amable... Desearía ponerla al corriente de...

Harold Trevor no oyó nada más. La puerta de la biblioteca se cerró tras ellas.

Pero era fácil imaginar de lo que iban a hablar. Una conversación muy parecida a las precedentes. O con escasas variaciones.

En efecto, tía Claire le estuvo hablando de su sobrino, que era muy desgraciado, debido a su rostro desfigurado. Le dijo que él necesitaba una mujer a su lado que, con sus buenos sentimientos y su comprensión, le hiciera placentera la vida. Le dijo que su sobrino podía ofrecer a esa mujer un apellido ilustre y una fortuna cuantiosa...

Tía Claire no tuvo tiempo de añadir nada más. Se abrió la puerta que daba al vestíbulo, y quedó con la palabra en la boca.

Dominado por una impaciencia febril, Michael había optado por presentarse en la biblioteca. Sin más contemplaciones. Lo que tuviera que pasar, sin duda, sucedería de todas maneras.

—Buenos días...

Jeanette experimentó un sobresalto mayúsculo. Se esperaba un rostro desfigurado, pero no aquella pavorosa y horrenda mutilación. Pero por nada del mundo hubiera querido dañar la susceptibilidad de aquel desgraciado, que bastante pena tenía con ser como era, y se esforzó por disimular lo que sentía.

—Buenos días, señor —respondió, con la máxima desenvoltura posible.

—Yo le pondré al corriente de su trabajo aquí, en la biblioteca —se dirigió a tía Claire—. Puedes irte a lo que hacías...

—Sí, Michael —acató.

Y tía Claire salió silenciosamente por la otra puerta, por la que no daba al vestíbulo. Por la que comunicaba más directamente con aquélla otra, casi siempre cerrada, que daba acceso al ala derecha de la mansión.

Ella, no obstante, se dirigió por allí al saloncito, en espera de que Michael acabara su entrevista con la muchacha. ¡Dependía tanto de que fuera una u otra la reacción de la muchacha!

—Lamentaría haberla asustado... —Fue lo primero que dijo Michael a Jeanette.

—¡No, por Dios! —protestó.

—Es usted, permítame decírselo, la chica más preciosa que he visto en mi vida.

—Es usted muy gentil, señor.

—Sincero, solamente sincero... —Y sonriendo, queriendo dar sensación de inofensivo—. ¿Tiene usted novio?

La muchacha pensó en Harold Trevor. Le hubiera gustado que lo fuera.

—No, señor —respondió.

—Es un poco extraño, ¿no le parece? Debiera tenerlos a docenas, a cientos.

—Me voy a casar sólo con uno —dijo ella. Y bromeó—. ¿Para qué me iban a servir tantos?

—Sí, claro. He dicho una tontería. Discúlpeme.

—No tengo por qué disculparle.

—Sí, sí... Lo cierto es, debo reconocerlo, que me siento azorado, desde que estoy delante de usted.

—No tiene por qué...

—Por mi cara. Sé que resulto repulsivo, que nadie está a gusto a mi lado.

—No debe atormentarse con esas ideas, señor. Le aseguro que no se ajustan a la realidad, por lo me nos por lo que a mí se refiere. Yo estoy hablando muy a gusto con usted.

—¿Lo dice de veras?

—Claro que sí... —Pero casi al acto surgió la pregunta, en la que aleteaba un súbito sobresalto—. Pero yo... ¿no le he visto a usted antes? No sé, de pronto, al mirarle a usted a los ojos...

—¿Qué les pasa a mis ojos? —Y se oscureció tanto su voz, que se

hizo áspera e hiriente como un manojo de cardos.

—Me parece recordar su mirada... Como si en otra ocasión, su mirada y la mía se hubieran entrecruzado... —Seguía latente en ella el sobresalto experimentado—. No sé, es una sensación desconcertante... Y también su voz parece recordarme a alguien... A alguien...

—Como comprenderá —dijo Michael—, si me hubiera visto en otra ocasión, me recordaría. A mí se me recuerda siempre.

Y Michael Steel-Laines había tomado ya la decisión de eliminar a la muchacha.

Acababa de comprender que, minuto antes o minuto después, Jeanette caería en la cuenta de dónde había visto antes sus ojos y dónde había escuchado su voz. En una calle poco alumbrada, donde las prostitutas buscaban compañía.

—Respecto a su trabajo aquí, luego la pondré al corriente. Ahora, prefiero que me ponga en orden irnos papeles. Me urge ese trabajo.

—Sí, señor —asintió Jeanette—. Lo que usted mande.

—Venga por aquí... —le indicó la puerta por la que hacía poco había salido tía Claire—. Sígame, se lo ruego...

Estaba tendiéndole una celada.

Pero Jeanette no podía saberlo.

La llevó hasta la puerta que comunicaba con esa zona de la casa que exclusivamente le pertenecía a él.

—Pase..., pase... —lo dijo como si nada.

Jeanette cruzó el dintel. No estaba asustada. No tenía, aún, por qué estarlo...

Pero una vez ya en el interior de aquel lugar, donde todo contribuía a encoger el espíritu, sobre todo el extraño revestido de las paredes, la muchacha empezó a inquietarse seriamente.

Quizá porque volvía a preguntarse dónde había visto antes aquellos ojos azules. A los que relacionaba, aunque de un modo velado, incierto e impreciso, con algo estremecedor...

Forzó y retorció su cerebro, en un esfuerzo sobrehumano, empeñada en recordar... mientras Michael la iba conduciendo a través de los distintos aposentos.

De manera inesperada, Jeanette desembocó en un amplio dormitorio. A uno de cuyos lados había en el suelo un vacío, por el

que descendía una escalera de caracol.

—Jeanette... —murmuró él, antes de que la muchacha se sobrepusiera a su sorpresa.

Se había acercado bruscamente a la muchacha, poniéndole torpemente las manos sobre los hombros. Unos hombros perfectamente moldeados, que sufrieron un repentino respingo.

—¿Qué significa esto? —protestó la muchacha, que en vano intentó que aquellos dedos como garfios la soltaran.

—Te he traído aquí —repuso Michael— porque me gustas mucho. Desde el primer momento me gustaste. Desde entonces, no te he olvidado...

—Entonces —murmuró ella—, ¿nos hemos visto antes...? ¿Mi sensación era cierta...?

—Sí, sí —asintió Michael.

—No recuerdo —dijo Jeanette—. No recueeee... —Pero sus ojos, súbitamente desorbitados, y el terrible temblor que sin más la aquejó desde la punta de los pies hasta la raíz de los mismísimos cabellos, dieron un significado claro a la situación en sí.

—Acabas de recordarlo, ¿eh? —inquirió Michael, y apretaba tanto sus dedos sobre los hombros de ella, que, sin lugar a dudas, debía estar causándole hematomas.

—No, no recuerdo nada... —aseguró la muchacha, intentando así autodefenderse—. Nada absolutamente... ¡No, yo nunca le había visto a usted, antes de ahora! ¡Nunca! —Pero seguían horriblemente dilatadas sus pupilas, al igual que persistía el temblor incontenible de todos sus miembros.

—No me engañas... —dijo Michael—. Además, ¿qué importa eso ya? Estás aquí, y no saldrás de este recinto hasta que yo quiera, si es que yo quiero...

—¿Qué pretende decirme...? —Se estremecía, entre sacudidas.

—Las paredes están construidas convenientemente. Aunque grites, nadie ha de oírte... Te informo para que no te molestes inútilmente en gastar voz... Y ahora, escúchame con atención... —La acercó más hacia él, hasta que la muchacha sintió su ansioso aliento sobre la cara—. Vivirás según cómo te portes. Si te portas bien, puedes vivir bastante... De lo contrario, tu final no se hará esperar...

—¡Dios mío! —gimió la muchacha.

—Soy el asesino que busca la policía. ¡Sí, lo soy! —Su acento ronco parecía arañar—. Pero no me detendrán nunca. Soy demasiado listo. Yo haré siempre lo que quiera con las mujeres... En fin, ahora eres tú la que está en primer término... ¿Sabes? Ninguna me ha gustado lo que tú... Si eres inteligente, sabrás sacarle provecho a esta circunstancia... Ésta es tu única salvación posible...

Ella, por toda respuesta, quiso retroceder. Quiso apartarse de aquella proximidad que le erizaba los cabellos.

No pudo hacerlo, y empezó a gemir, a sollozar desesperadamente.

—Quítate la ropa... —dijo él. Y añadió—. No me gustan las mujeres vestidas.

—No, no... —se negó ella.

—¡Obedece! —gritó Michael, bruscamente descompuesta su expresión y desquiciada su mirada—. ¡Obedece a la primera!

—No... —Siguió negándose Jeanette.

Entonces él dijo:

—Por esa escalera de caracol se va a parar a un sótano. Allí tengo construida una piscina, y en su interior hay dos cocodrilos... En sus fauces han muerto todas mis víctimas... ¿Quieres tú, también, morir así? Pues así será, si no me das facilidades...

Había hablado en serio. No cabía dudarlo. Sus ojos eran los de un ser extraviado, demencial.

Y Jeanette, enteramente rotos sus nervios, desbordada por entero su serenidad, se puso entonces a gritar, mientras sacudía y agitaba la cabeza de un lado al otro.

Y siguió gritando, porque no podía hacer otra cosa, entre los brazos férreos de aquel hombre enloquecido.

—Quítate la ropa... —repitió Michael.

Ahora la soltó.

Con dedos que temblaban como el azogue, Jeanette empezó a desabrocharse el vestido, que, al poco, de una brusca y arrebatada sacudida del hombre, quedó fuera de su cuerpo.

—Quítate lo demás...

## CAPÍTULO XII

Harold Trevor había visto cómo terminaba de cerrarse la puerta que comunicaba con el ala derecha de la casa. Unos instantes de demora, y hubiera dejado de verlo.

De todos modos, esto no parecía indicar nada de particular.

Pero sí; indicaba algo sumamente significativo, considerando el hecho que Jeanette no se hallaba en la biblioteca. Que era, evidentemente, donde debiera estar.

Y si no se hallaba en la biblioteca, ¿dónde estaba...?

Harold se puso a buscarla por todas partes. Era preciso que la encontrara. Era imprescindible.

De no dar con ella, esto quería decir que Michael Steel-Laines se la había llevado...

¡Y si se la había llevado, ya resultaba fácil deducir quién era, en realidad, aquel hombre...! ¡Lo que tanto había sospechado!

—¿Busca algo, Harold? —le preguntó tía Claire, saliendo del saloncito.

—A Jeanette... —lo dijo de una forma clara y rotunda, sin ambages de ninguna clase.

Le urgía dar con ella.

—¿Jeanette...? ¡Ah, sí! —E improvisó—. Está en mis habitaciones particulares... Tardará un poco en bajar. ¿Pasa algo?

—Nada, señora —respondió Harold, conteniéndose cuanto pudo. Se había dado cuenta de su mentira—. Nada de particular.

Tía Claire volvió a meterse en el saloncito.

Y apenas así lo hizo, Harold se dirigió decididamente hacia la puerta que comunicaba con el ala derecha de la casa.

Pero en aquel preciso instante, sonó el timbre de la puerta de entrada, la principal.

Fue a abrir, concibiendo la esperanza de que fuera el comisario Simons. Pero hubiera sido demasiada casualidad.

Vio que se trataba del doctor Morris.

Decidió pedirle ayuda. La necesitaba, a marchas forzadas.

—Me alegra verle, doctor —no perdía un segundo, no podía hacerlo—. Necesito su colaboración... —Y agregó. Soy agente de la policía, de la comisaría de Watt... Vaya y telefonee en mi nombre al comisario Simons... Dígale que necesito ayuda... Urgentemente... Esto es todo... ¡Corra, doctor Morris!

El desconcierto del recién llegado no fue poco. Aunque no excesivo, pues hacía tiempo que se hallaba consciente de que en aquella casa algo iba a acabar muy mal.

—De acuerdo —dijo—. Cuente conmigo.

Acto seguido, Harold Trevor sacó una pistola de su bolsillo. Una pistola con silenciador.

Y ya junto a la puerta que comunicaba con el ala derecha de la casa, disparó repetidamente en la cerradura.

Ésta saltó, hecha añicos.

Luego, apenas tuvo que dar un par de golpes de hombro.

La puerta cedió.

Entró a grandes zancadas, dispuesto a defender a la muchacha a costa de su vida, si ello era necesario. Ahora no sólo era el policía el que estaba interviniendo.

Oyó los gemidos entrecortados de Jeanette, cuando se acercó al dormitorio.

—No quiero... No quiero... —Su llanto era quedo, pero entrecortado, estremecedor.

—¡Has de querer! —barbotaba Michael—. Si no me das facilidades, te llevo abajo... Elige... Elige, de una vez... Me estás hartando, con tantos miramientos... Me estás agotando la paciencia...

Harold Trevor dio una furibunda patada a la puerta, que permanecía un tanto entreabierta, y penetró en aquella amplia estancia.

Michael acababa de arrojar a la muchacha sobre la cama. Y allí permanecía ahora el cuerpo de la muchacha, sin ropa, si bien sus manos alzaban la sábana para, ruborosamente, taparse lo máximo posible.

—¡Manos arriba! —exclamó Harold Trevor.

Cogido de improviso, Michael quedó paralizado, mudo. Pero

esto fue solo durante los primeros instantes. Después rugió como una fiera:

—¡Pagaré esto con la vida, Harold! ¡Ha cometido una irreparable equivocación metiéndose en este lugar de la casa!

—Soy yo quien le estoy apuntando con mi pistola, señor de Steel-Laines —dijo Harold—. Y soy yo, pues, el que puedo acabar con su vida, si no se aviene a quedarse muy quieto. Al menor movimiento —le previno—, dispararé.

Jeanette había salido del lecho, con la sábana envuelta alrededor de su cuerpo. Jadeaba de emoción.

—¿Cómo se ha atrevido, Harold? —quiso saber Michael, rechinando los dientes—. ¿De dónde ha sacado es pistola...?

—Soy policía, señor de Steel-Laines. No ha tenido usted suerte conmigo, pero, por descontado, no puedo lamentarlo. Con su detención se quedará muy tranquila la pequeña ciudad de Watt.

—¡Cuidado, Harold! —le avisó, de pronto, Jeanette.

Aunque no lo suficiente pronto para que Harold reparara a tiempo en el nuevo peligro que se le venía encima.

Una barra de hierro cayó sobre su cabeza, en un golpe contundente, rudísimo.

Vio que todo daba vueltas a su alrededor, que techo y suelo se confundían, cambiaban de lugar. No pudo evitarlo. Cayó, desplomado como un fardo.

—¡Bravo, tía Claire! —celebró Michael.

Tía Claire miraba la barra de hierro, que sus manos aún sostenían, férreamente sujeta.

—He tenido que hacerlo... —murmuró—. He tenido que defenderte... No me ha quedado otro remedio...

—Lo has hecho perfectamente, tía Claire. Nunca supuse que valieras tanto. —Pero dejó de mirar a su tía, al darse cuenta de que Jeanette, como hipnotizada, observaba la pistola de Harold, que había quedado en el suelo, a no muchos pasos del cuerpo desvanecido.

En efecto, Jeanette miraba el arma, pensando que su única esperanza estribaba en alcanzarla.

—¡Quieta, Jeanette! —exclamó Michael—. ¡O te rompo la cara de una bofetada!

Para evitar cualquier posible tentativa, fue Michael quien

recogió y se apoderó del arma.

Dándolo ya todo por perdido, Jeanette volvió a sentirse llena de miedo...

Un miedo que se convirtió en verdadero pavor, cuando sus ojos vieron a Harold atado al trampolín de la piscina. Atado de pies y manos, con cuerdas firmemente sujetas.

Cuando sus ojos vieron, en el agua de la piscina, que las luces daban la apariencia de ser muy azul, a los dos cocodrilos... ¡Cocodrilos!

Abrían sus enormes y amenazadoras mandíbulas, y daban furiosos coletazos.

Michael permanecía cerca de la escalera de caracol, junto a tía Claire, esperando que Harold Trevor volviera en sí.

Jeanette se hallaba donde había sido llevada, empujada a trompicones. Tanto temblaba de miedo, que se agitaba la sábana que la envolvía como si dentro hubiera un ser epiléptico.

Finalmente, Harold recobró el conocimiento.

Entonces Michael se echó a reír.

—¿Qué, amigo... —inquirió— qué tal se encuentra ahora? —Y rugiendo de nuevo, como un verdadero salvaje, como una auténtica fiera—. ¡Se ha pasado de listo, diciéndome que es policía! ¡Le va a costar muy caro!

Harold miró disimuladamente su reloj de pulsera.

Sólo habían transcurrido quince minutos desde que el doctor Morris había salido de la casa, con su encargo de telefonar al comisario Simons. No, no podía recibir aún la ayuda que tanto necesitaba.

Pero si conseguía que la situación se dilatara... Si lograba que Michael no actuase aún, podían, tal vez, llegar a tiempo...

También existía otra posibilidad. Que consiguiera soltar sus manos de las cuerdas que las inmovilizaban. Bajo el pantalón, una correa rodeaba su pierna y de allí pendía una pistola de repuesto. Poder cogerla significaría volver a ser dueño de la situación.

—Estoy dispuesto a colaborar con usted, señor de Steel-Laines —dijo Harold, de momento, no ocurriéndole otro argumento mejor—. Convenga conmigo en que había de resultarle muy beneficioso tener un amigo policía...

—¿Cree que soy tan fácil de engañar? —se rió el siniestro dueño

de aquella casa—. ¡Pues ni lo piense!

Harold retorció las manos, a sus espaldas, queriendo desesperadamente liberarlas de aquellas malditas cuerdas. Pero lo hacía con el máximo disimulo posible, ya que Michael no debía percatarse, en modo alguno, de sus intenciones.

—No trato de engañarle —aseguró—. Sólo pretendo salvarme y salvar a Jeanette...

—Jeanette —dijo Michael— va a venir conmigo. La necesito a mi lado... Supongo que no hace falta que le diga para qué... Usted se quedará aquí... A menos —puntualizó— que ella no quiera venir conmigo, en cuyo caso, sin esperar a más, le tiraré a usted al agua...

Harold volvió a mirar su reloj de pulsera. ¡Dios, si sólo habían transcurrido cuarenta segundos más!

Siguió retorciéndose las manos, con tanta fuerza que hasta notó cómo se rasgaba su piel y cómo la sangre de sus muñecas mojaba las cuerdas.

—Pero Jeanette no querrá que le tire al agua, a los cocodrilos —repuso. Michael— porque, por lo que adivino, la chica está muy por usted... Me he dado cuenta cuando la barra de hierro le ha hecho caer sin sentido.

Tía Claire permanecía allí, sin decir nada.

—Deje tranquila a Jeanette —dijo Harold— y, a cambio, se lo repito, colaboraré con usted...

Harold se daba cuenta de lo preciso y urgente de hacer o de pensar algo. Algo que diera al traste con aquella horrible impotencia.

Si no llegaba el inspector Simons, y si no podía desasirse de aquellas cuerdas...

Sí, tenía que pensar algo... Tenía que encontrar una salida... ¡Pero antes de que Michael se llevara a la muchacha, escalerilla arriba!

—No necesito para nada su colaboración, Harold —rugió Michael—. ¿Qué, Jeanette... —Se volvió hacia ella— vas a venir conmigo a las buenas, o prefieres que mande a tu amigo al agua...?

—No, eso, no —sollozó Jeanette.

—Entonces, ¿estás dispuesta a ser una buena chica?

La muchacha miró a Harold. Con tantas lágrimas en los ojos, que casi ni debía verle. Después, volvió su mirada hacia Michael.

—Sí, sí... —seguía sollozando—, haré lo que me pida... No le tire al agua...

Tía Claire continuaba quieta, sin decir nada.

Harold volvió a mirar su reloj. ¡Qué lentitud, la de aquellas manecillas! ¡Si casi parecían inmovilizadas!

Nada, tampoco cedían las cuerdas. Sí, sí, un poco sí cedían... ¡Pero tan poco!

No iba a llegar a tiempo...

Ya Michael había cogido a la muchacha por un brazo, arrastrándola hacia adelante.

¿Qué puedo hacer? —Harold se torturaba la mente, en su esfuerzo desenfrenado por pensar—. ¿Qué puedo decir...?

¡Y de pronto, concibió la idea!

Bien mirado cualquier medio estaba justificado, en aquel momento...

—¡Quieto, señor de Steel-Laines! —gritó.

Éste se volvió hacia él, desconcertado, pues había habido mucha firmeza, mucha seguridad, mucho dominio en sí misma en aquella orden.

—¿Qué quiere? —preguntó Michael.

—Decirle... que yo, de usted, señor de Steel-Laines, en lugar de ir a divertirme con una mujer, gastaría el tiempo en algo más importante. Por ejemplo, en desenmascarar a la persona que, de niño, le hizo esa horripilante y monstruosa mutilación en el rostro —y agregó—: Usted puede no saber quién fue. ¡Pero yo sí lo sé!

—¿Qué está diciendo...? —masculló Michael.

—Lo que ha oído, y que yo sé quién fue... ¿Quiere que se lo diga? ¿Por qué no...? No tengo el menor inconveniente... ¡Fue su TIA CLAIRE!

—¿Quéee...? —Y la interpretación resultó un rugido más fiero, agresivo, indómito e incontrolable que nunca.

El ardid había causado efecto.

Y mientras tía Claire se defendiera de la insensata acusación recibida, y mientras Michael no comprendiera lo que él ciertamente se había propuesto, y mientras, en resumen, reinara la lógica confusión, los minutos irían pasando, y quizá terminara de desatar sus manos... O tal vez llegara el comisario Simons...

Pero entonces sucedió lo que Harold Trevor menos hubiera

podido esperarse.

Por lo que Harold debió experimentar análoga o parecida sensación a la del jugador de billar que, impulsando la bola sin finalidad concreta, ve que hace perfecta y magnífica carambola.

Sucedió, pues, que tía Claire, creyendo que Harold se había expresado con absoluto conocimiento de causa, creyéndose, por tanto, enteramente desenmascarada, se puso de pronto a gritar, entre espeluznantes gimoteos:

—¡Sí, yo fui, Michael! Aborrecía a tu madre hasta el desvarío, porque me había robado al hombre que yo amaba apasionadamente, y mi odio llegaba hasta ti...

Por eso, antes, hice también que tu padre tuviera un accidente de caballo... ¡No podía con el despecho que me quemaba! Era como un veneno...

Michael avanzó un par de pasos hacia su tía. ¡Nunca una expresión pudo resultar tan pavorosamente amenazadora!

Harold no terminaba de dar crédito a la escena que sus ojos presenciaban. ¡Había dado en la diana...! ¡Del modo más insólito, sorprendente e inesperado!

Pero la perplejidad que Harold experimentaba, no anulaba sus demás facultades; sí que seguía retorciendo sus manos. Las cuerdas ya se aflojaban bastante...

—¡Pero me arrepentí de mi acción, Michael! —continuaba gimoteando tía Claire—. Nadie sospechó de mí porque, después de mi monstruosa acción, me tomé un fuerte somnífero para que todos supusieran que, de ese modo, había sido quitada de en medio por el culpable... No, nadie sospechó de mí... ¡Pero me arrepentí hasta sentir que mi vida se convertía en un infierno! Y mi único consuelo ha sido, a través de los años, dedicarme exclusivamente a ti... Procurar tu dicha, tu felicidad... ¡Oh, perdóname, Michael!

El volvió a dar dos pasos hacia ella.

—Mira si mi arrepentimiento ha sido sincero —proseguían sus gimoteos— que, por ti, la otra noche... ¿Recuerdas, Michael, que me dijiste que, si no te salías con la tuya respecto a Ann Garnet y a Ava Sheridan, te entrarían deseos de asesinar al mundo entero? Pues la otra noche yo abandoné esta casa y... ¡Sí, Michael, yo fui quien destrozó la cara a las dos! ¡Fui yo la vieja mendiga! Esperabas que lo hicieran sus familiares... Era esperar demasiado... La gente

suele ser egoísta, ambiciosa, pero incapaz de llegar tan lejos... Además, no podían basarse ni dejarse guiar por unas cláusulas que se apartan tanto de lo establecido, de lo razonable, y que, por tal, pueden ser dadas legalmente por no válidas... Por todo ello, quise ayudarte, Michael... Quise, como fuera, calmar tu furor, apaciguar tu ánimo, serenar tu espíritu, volverte normal...

—¡Normal! —exclamó Michael—. ¡No puedo serlo!

¡Te lo debo a ti, víbora venenosa...! —Y agregó—: Ahora ya sé de quién he heredado la maldad...

Tía Claire comprendió que jamás la perdonaría. Pero quiso intentarlo todo.

—Yo cargaré con todas las culpas, con todos los crímenes que tú has hecho... No me importa... Yo misma me delataré a la policía... Sólo quiero tu perdón.

—Ya sé de quién he heredado la maldad... Ya sé de quién he heredado la maldad... —repetía Michael, una y otra vez.

—Por favor... Por favor, perdóname... ¡Perdóname!

—¡Mi perdón no lo tendrás jamás, víbora venenosa! ¡Víbora vene...! —Y avanzó de nuevo hacia ella.

Ya no cabía esperanza ninguna. Y tía Claire comprendió que iba a morir en sus manos. Sin duda, la estrangularía, poco a poco...

¡No, en sus manos no quería morir!

En un arrebato, que fue más fuerte que el sentido de conservación, corrió hacia la piscina y se arrojó dentro.

Sobre ella cayeron, fieros y famélicos, los dos cocodrilos. Se formó, en el acto, un horrible remolino de espuma y sangre.

—¡Ahora, échate tú! —rugió Michael, dirigiéndose a Jeanette—. ¡Ya no te necesito para nada! ¡Los deseos de pasarlo bien contigo se me han acabado! ¡Malditos seáis todos!

Jeanette retrocedió, horrorizada.

Michael se dirigió, furioso, hacia ella, dispuesto a hacerle obedecer, sin más demora. ¡Sus ojos azules brillaban más demenciales que nunca!

Pero Harold dio un violento tirón a sus muñecas, y finalmente sus manos quedaron libres. No así sus pies, que seguían firmemente atados.

Pero bajo el pantalón tenía la pistola. La cogió con vertiginosa rapidez.

—¡Quieto, señor de Steel-Laines, o disparo...! —exclamó.

En aquel preciso instante, llegaba el inspector Simons, y varios agentes. Todos ellos armados, prestos a intervenir. Un inestimable refuerzo.

Harold respiró, aliviado. El terrible peligro que se había abatido sobre la muchacha y sobre él, había dado fin. Afortunadamente, todo iba a acabar bien.

No para Michael, claro está que, tras mirar a uno y otro lado, viéndose acorralado, y, por tal, irremisiblemente perdido, optó por seguir la misma suerte de su tía.

Se arrojó a la piscina.

Sobre él, también cayeron, fieros y hambrientos, aquellos dos reptiles anfibios.

Al poco, Jeanette se refugiaba entre los brazos de Harold. Era, desde luego, un final romántico para una aventura aterradora.

—Ya ha pasado todo. Cálmate, por favor.

—Sí, Harold.

Sin embargo, aún queda algo por decir. Algo que, bien mirado, resulta irreal y alucinante.

Los cocodrilos devoraron por entero aquellos dos cuerpos, pero... respetaron la cabeza de tía Claire.

De donde, al parecer, sólo les interesó la nariz y las dos orejas.

FIN



LAS MEJORES OBRAS DE:  
**«SUSPENSE», ESPIONAJE  
Y POLICIACAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES  
AUTORES DEL GENERO



COLECCION  
**PUNTO  
ROJO**



COLECCION  
**SERVICIO  
SECRETO**



COLECCION  
**LA HUELLA**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

**PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.**

Impreso en España

